

La Ilustración Artística



Artística

Año XVIII

BARCELONA 19 DE JUNIO DE 1899

Núm. 912

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



QUIEN ESPERA DESESPERA, cuadro de Román Ribera

ADVERTENCIA

Con el presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tomo segundo de la presente serie, que será el tercero de la obra de Imbert de Saint-Amand, *Napoleón III*.

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Velázquez*, por Emilia Pardo Bazán. — *Rosa Bonheur. — Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid*, por R. Balsa de la Vega. — *Guerra de Filipinas. — Un voto de calidad*, por A. Sánchez Pérez. — *Energías latentes*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — En el fondo del abismo*, novela (continuación). — *El comandante Marchand. — Libros recibidos.*

Grabados.— *Quien espera desespera*, cuadro de Román Ribera. — *Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid: La mina de carbón*, alto relieve de Inurria. — *Bacante*, grupo escultórico de Castaños. — *Guerra de Filipinas*, once grabados que representan otras tantas vistas tomadas de fotografías. — El eminente hombre público *D. José de Carvajal*. — El crucero francés *Sfax*. — *El Haya. Una sesión de la Conferencia*. — Perfil explicativo de este grabado. — *Stella*, cuadro de Mme. Luisa Starr Canziani. — *El beso del Amor y Psiquis*. — *Soledad*, cuadros de Enrique Serra. — *La feria de caballos*, cuadro de Rosa Bonheur. — La eminente pintora francesa *Rosa Bonheur*. — El célebre compositor Juan Strauss. — *El comandante Marchand. París. Llegada del comandante Marchand. El pueblo aclamando al célebre explorador delante del Círculo Militar*, dibujo de H. Lanos. — *Escena callejera*, reproducción de una fotografía.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VELÁZQUEZ

Velázquez de actualidad. ¡De actualidad! ¡Qué figura tan mezquina hace esta palabreja al lado del nombre glorioso, en su orden y esfera comparable al de Cervantes, y superior al de Calderón, si pudiese ser superior la verdad externa al ensueño! — ¡Velázquez actual! Hay cosas que no son actuales nunca; es su privilegio, es su blasón.

Como a todo genio indiscutible, a Velázquez puede considerarse de muy varios modos, y calificarle al mismo tiempo de universal y de nacional; expresa a la humanidad (*Los borrachos*) y expresa energicamente a su raza y pueblo (*Las meninas*). Por eso la gloria de Velázquez, cual la de Cervantes, hace rendir el pabellón a los más exigentes y rigurosos críticos extranjeros. No así la de Calderón, exclusiva, peculiar de determinado pueblo en determinado momento de la historia. Los alemanes han admirado mucho a Calderón; los franceses e ingleses, por ejemplo, no han podido asimilárselo nunca.

* *

Velázquez es un pintor nacional, enteramente nacional, y acaso lo que de español hay en su arte sea más perdurablemente español que otras manifestaciones al parecer señaladas con el carácter especial que se nos atribuye. Taine, para definir nuestro arte, nos llama «una monarquía de inquisidores y de cruzados, que conservaban los sentimientos caballerescos, las pasiones sombrías, la ferocidad y la intolerancia y el misticismo de la Edad Media,» y opina que, en esta atmósfera sobresaturada de fanatismo, «los máximos artistas son los hombres que han poseído en más alto grado las facultades, los sentimientos y las pasiones de ese público que los rodeaba.» Semejante teoría, que el maestro de la crítica aplica inmediatamente a Lope de Vega y a Calderón, sería difícil de aplicar a Miguel de Cervantes y a don Diego de Silva Velázquez; y en efecto, guárdase Taine de sacarla a relucir con motivo de ninguno de los dos mayores astros de nuestro cielo. Porque en el extranjero hay propensión a vernos al través de nuestra leyenda tan sólo, y el lado realista, el enérgico estudio de la verdad sin aditamentos que nuestro arte encierra, ha solido dejarse a un lado, costumbre de los que defienden una tesis al encontrar documentos que la contradicen y hasta la destruyen.

* *

Y Velázquez, bien mirado, tiene más de español rancio y puro que Calderón. Taine enseña que el carácter más estable, en arte, es siempre el más elemental y sencillo; que su duración la causa su profundidad. Observación sagacísima, ajustada al arte español enteramente. Lo que notamos en él de tiem-

po inmemorial, desde el Arcipreste de Hita y la *Celestina*, es un realismo franco, a veces cínico por su indiferencia. El misticismo metafísico de Calderón llega después, dura relativamente poco, y nunca obtiene tan completo predominio que a su lado no se alce la figura de Quevedo. Es por consiguiente el realismo ese carácter persistente a que alude Taine, y que resalta a las claras cuando comparamos entre sí las manifestaciones artísticas de nuestra patria. No hay sino ver en el Museo del Prado, en Madrid, en las salas llamadas de Alfonso XII, la inferioridad de las tablas españolas, al lado de las de los maestros *cuatrocentistas* italianos y alemanes. La fórmula artística (ya sé que digo una cosa contra el sentir común, pero es verdad) no encaja en el arte español. Aquellas delicadezas ensoñadoras de Angélico, que mojava el pincel en la increada luz del Paraíso de Dante; aquellos paganismos ideales de Patinir; aquellos mismos desenfrenos imaginativos del decadente Bosco, no se adaptan fácilmente a nuestro modo de ser: la pugna de la genialidad española con el estilo general de las tablas del xv resalta a la primer ojeada. Y cuenta que se habían establecido en Castilla artistas italianos, flamencos, franceses — los Starnina, Rogel, los Juanes de Borgoña — poniendo cátedra de misticismo y de idealismo refinado, y a su enseñanza se plegaban, no sin protesta interior, aquellos castellanos, aragoneses y catalanes que, si se dejasen llevar de su instinto, se anticiparían dos siglos a Velázquez en la imitación directa de la naturaleza.

Dominados por el influjo europeo, nuestros pintores del xvi, quieren empezar, sin embargo, a sobreponerse a él. La empresa era difícil, porque no sé de arte más internacional que la pintura del Renacimiento. Todo se vuelve, en aquella época, viajar y trasiego continuo de artistas. Nuestros Juanes, Becerras, Céspedes y Ribaltas emigran a Italia; aquí se nos vienen Tibaldi y el Greco. Este extranjero, por raro caso, es quien mejor se penetra de ciertos matices de nuestra psicología, quien encarna a la España soñadora. La gravedad, la seriedad, la dignidad hidalga y la melancolía tétrica que ya empezaba a dominarnos, luchando con el paganismo renaciente, nadie los habrá expresado en el mundo, ni el propio Velázquez, como supo expresarlos el Greco, sobre todo en algún retrato y en varias hermosísimas cabezas de su obra maestra *Entierro del conde de Orgaz*. Greco es un pintor español hasta la medula.

* *

De las tres escuelas principales en que se dividió la pintura española — valenciana, sevillana y castellana o madrileña, — las dos primeras son las que se ajustan a leyes recibidas de otros países, que por la gloria de las armas habíamos llegado a creer nuestros entonces. Los grandes valencianos son casi italianos por la factura y el color: recuérdese a Juan de Juanes. En los sevillanos comienza a brillar la originalidad de España, y su sentimiento religioso ya se revela con vigor enérgico y dulzura incomparable en Zurbarán y Murillo. Y, entre paréntesis: ¡pobre Murillo! ¡Qué desacreditado está, y cuánto ha bajado su papel, diremos en vulgar frase, desde que los peritos y los críticos, formando compacto escuadrón, se colocaron del lado de Velázquez y minaron y socavaron la fama del «pintor de las Concepciones!» ¿Qué sucederá cuando en 1918 se cumplan los trescientos años de su nacimiento, ó en 1982 los de su muerte, «causada por su mucha honestidad,» según sus biógrafos afirman? ¿Se le hará centenario, se le consagrará una apoteosis? Lo dudo, porque repito que Murillo, en el concepto científico del arte, ha perdido crédito en estos últimos tiempos, no obstante la popularidad y simpatías de que goza entre el vulgo, juez a su manera y estilo, según el corazón y la fantasía, casi siempre. Antes quizás se exaltaba demasiado a Murillo; hoy se le rebaja desmedidamente. Antes se le concedía el primer lugar; hoy ni el segundo. En todo cabe exageración y extremo. Nos hemos cansado de Murillo, como nos hemos cansado de Bellini y de Donizetti: al uno le mataron los cromos y oleografías baratas, a los otros el piano casero y los callejeros organillos. Por fortuna lo mejor de Murillo es lo que menos corre en estampas alemanas para devocionario. También Murillo, el célico, el vaporoso, el de los rampamientos de gloria y las miriadas de angelitos portadores de rosas y palmas, era de su raza y de su nación, y sentía y retrataba la verdad, con sincero y franco pincel; a veces, hasta con pincel implacable, crudísimo. Y si no, véase el celebrado cuadro del Museo del Louvre *La vieja y el muchacho*; véase otro de la misma catadura y parecido asunto, uno de los incomparables *Granujas* del Museo de Munich, y véase la clínica fidelidad con que aparecen copiadas las enfermedades y lacras

de los pordioseros en el lienzo justamente célebre, de tanta elevación moral como verdad, *Santa Isabel de Hungría*.

* *

No llegó más allá Velázquez, en quien la naturalidad y el don de trasladar al lienzo lo que veían sus ojos de tal manera resaltaron. Sólo que los ojos de un pintor nunca ven la verdad sino bajo la condición de poner en ella el sello de su genialidad propia. Es imposible ser más fiel que Velázquez, y con todo, aquello es Velázquez, más aún que la gallarda estampa de tal personaje, ó la catadura de cual borracho, enano ó bufón. Real es cuanto Velázquez nos presenta, pero real en él, por él, a su modo, con su peculiar luz y su toque amplio, inimitable.

Mejor que Moro, que Sánchez Coello, que Pantoja de la Cruz — con ser éstos tan maestros retratistas — supo Velázquez poner en una cabeza humana toda la vida de una época. Acaso en esto sea Sánchez Coello su único rival afortunado. Pero las figuras de Sánchez Coello pecan de rígidas; los trajes, adornos, galones y joyeles adquieren excesiva importancia; no domina lo principal a lo accesorio, como domina en Velázquez.

Lo que se advierte en este prodigioso artista que surgió cuando se precipitaba nuestra decadencia, es la cualidad más extraña en épocas tales: la que no poseyeron ni Murillo, ni Goya, ni Fortuny; el equilibrio, la salud mental, la razón serena, la normalidad completa é inalterable. Por esta cualidad hay gente, hay críticos modernos, que no se satisfacen con Velázquez: le encuentran apagado de imaginación, falto de sentimiento, hasta ordinario y bastote (contra esto último protesto enérgicamente). Imaginación y sentimiento, ¿quién duda que no los tuvo Velázquez, ni pudo en esto rivalizar con el Greco, su guía y predecesor? Con el Greco podemos soñar, podemos trasladarnos a otra vida; con Velázquez tenemos que permanecer en esta, pegados a la tierra, la roja y pardusca tierra castellana, respirando el claro ambiente de las sierras ó el polvo amarillo de las llanuras, pisando las alfombras palaciegas — sin gran dosis de ideal, a no ser que traiga el ideal en sí, estrechamente adherido, el propio asunto del cuadro — verbigracia, el de las *Lanzas*, con su atmósfera de valor y de militar cortesana.

No ideas, sino pinceladas, es lo que se busca en Velázquez, y lo que le vale los homenajes de la nueva generación de técnicos; que si el Greco expusiese hoy algunos de sus lienzos rarísimos y sugestivos, se reirían de él, como se rió el público del Salón parisiense del pintor de la *Obra*.

EMILIA PARDO BAZÁN

ROSA BONHEUR

.(Véanse los grabados de la página 402.)

La ilustre artista recientemente fallecida en By, cerca del bosque de Fontainebleau, había nacido en Burdeos en 1822. Siete años contaba cuando su padre, pintor notable, fijó su residencia en París, y ya entonces mostraba precoces disposiciones para el dibujo, que luego desarrolló y perfeccionó por medio del trabajo constante, estudiando los grandes maestros y haciendo en el Louvre copias que vendía a buenos precios.

En 1845 fué admitida por vez primera en el Salón, en donde presentó dos cuadros *Cabras y carneros* y *Conejos*: este comienzo era bastante modesto; pero aparte de que revelaba cualidades de verdadera artista, señalaba ya en Rosa Bonheur el propósito firme de dedicarse a la pintura de animales. Dos años después, sus *Bueyes rojos de Cantal* le valían una tercera medalla, y en 1848 el Estado le compraba sus *Labores agrícolas nivernesas*, que actualmente figura en el Museo del Luxemburgo.

Muy pronto la insigne pintora vió afluir los pedidos en su taller, habiendo pintado desde entonces numerosos cuadros, especialmente para Bélgica, Alemania, Inglaterra y América, en donde sus obras se pagaban a muy elevados precios. En 1855 la emperatriz Eugenia le entregó la cruz de la Legión de Honor y en 1893 el presidente Carnot firmó su promoción al grado de oficial de dicha orden. Además de ésta, poseía otras muchas condecoraciones extranjeras.

Después de mucho tiempo de no haber tomado parte en las exposiciones francesas, este año envió un cuadro al Salón: pocos días antes de su muerte, tratóse de conferírle la medalla de honor; pero en una carta llena de dignidad declinó tal distinción, porque le parecía desproporcionada, dada la escasa importancia del lienzo por ella expuesto.

Para trabajar más cómodamente, Rosa Bonheur había adoptado el traje masculino: vestida con pantalones y con una blusa ó con un sobretodo y cubierta siempre su cabeza con un sombrero de anchas alas, daba grandes paseos por el campo a pie ó en un cochecito que ella misma guiaba.

En todos sus cuadros se advierte el amor al natural y la pasión por la verdad llevada hasta los últimos límites. Su talento pictórico era un conjunto de cualidades viriles, y el vigor de sus trazos y la firmeza de su colorido han sido por muy pocos pintores igualados.

Rosa Bonheur ha muerto en la finca rústica en donde desde hacía cuarenta años llevaba una existencia retirada, siempre trabajando y siempre derramando con mano pródiga sus beneficios sobre aquel país, cuyos habitantes la idolatraron en vida y la lloran con dolor sincero después de muerta.

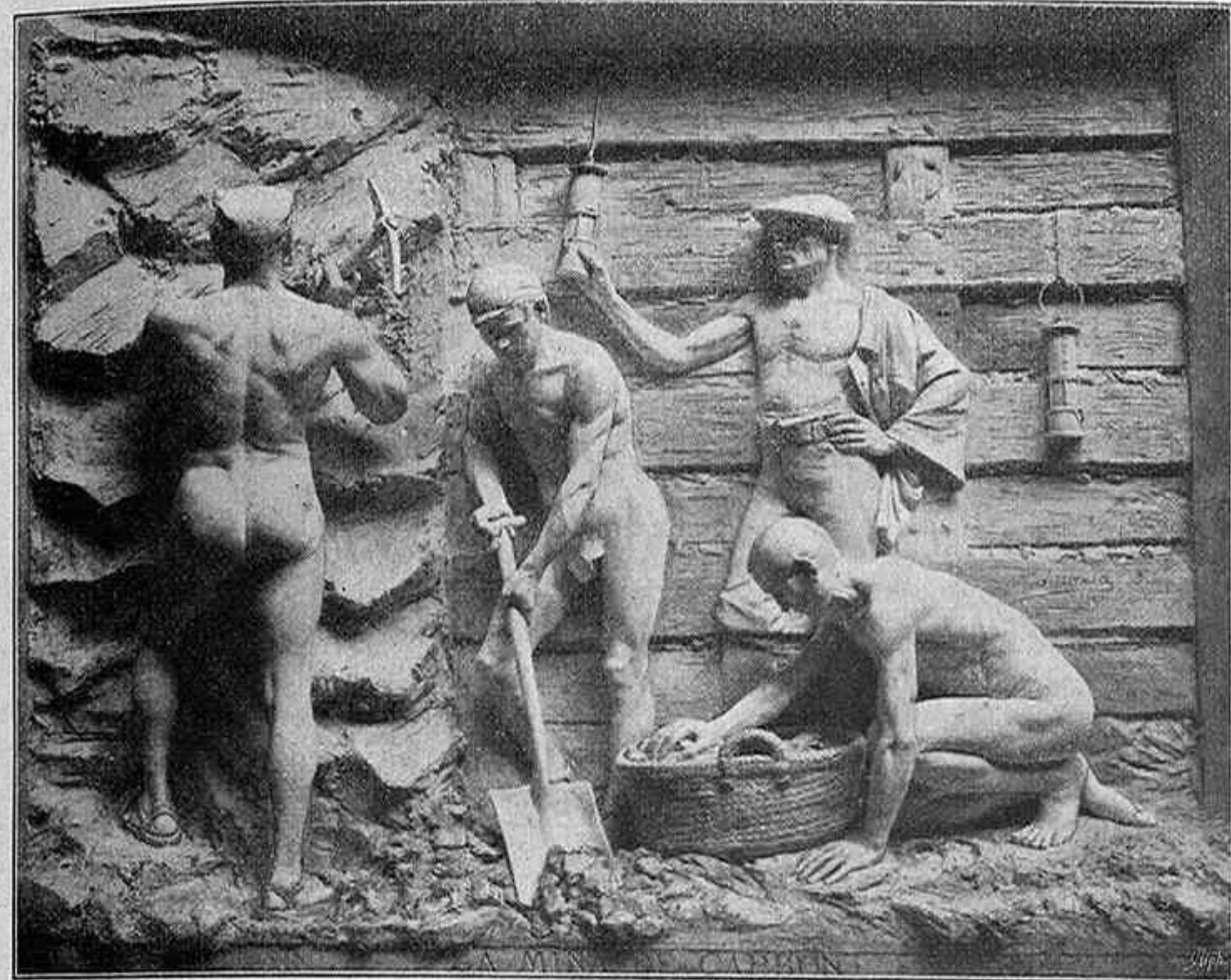
EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1899

El señor marqués de Pidal, ministro de Fomento, ha realizado su programa tal y como lo había dispuesto. Es el primer ministro que dejándose de andrónimas no ha hecho caso de las peticiones de aplazamiento de la actual Exposición, ni concedido prórrogas para la recepción de obras e inauguración del certamen.

Contra cuantos cálculos, augurios y profecías se habían venido haciendo, el número de pinturas y esculturas que figuran en el Palacio del Hipódromo

terro ninguna obra escultórica que merezca recordarse; si así no fuese, perdóneme el artista olvidado, porque, si he de decir verdad, aparte de tres ó cuatro de las mismas á que acabo de referirme, las restantes es posible que con el tiempo se olviden de ellas los propios autores.

Confieso que en general la sección de escultura me produce una tristeza grande. Temo que ahora, cuando habíamos comenzado á formarnos la ilusión de constituir en España una escuela escultórica digna



de tal nombre, contando como contamos estatuarios esclarecidos, que unos en Madrid, otros en Barcelona, han modelado obras de verdadero mérito, el ambiente cada día menos propicio al arte que aquí nos rodea, ahogue, en punto casi de logrado el fruto, esa ilusión seductora. Porque, fuérame á decirlo mi grande y perenne amor á lo bello, excepción hecha de muy escasas obras, en este certamen se acentúan más que nunca la impersonalidad, la carencia de ideales, los descuidos en el estudio y observación de la forma. Mas como la esperanza de mejorar ó de alcanzar días de sol no abandona nunca al hombre, aún me resta la de que acaso sea pasajera esta decadencia, y que el gusto público, elevándose de nivel de año en año, obligue al artista á volver la vista hacia aquellos ideales que no debió jamás abandonar... forzado, es cierto, por las exigencias de la vida.

Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899
LA MINA DE CARBÓN, alto relieve de Inurria, premiado con primera medalla

alcanza una cifra poco más ó menos igual á la de las últimas Exposiciones; y por lo que se refiere al mérito de aquéllas, tampoco hay variante sensible.

**

Cúmplese en este certamen un fenómeno interesantísimo, no tan sólo desde el punto de vista artístico, sino desde el social y psicológico. Esperábase, es cierto, que venciese la escuela naturalista por lo que á la técnica se refiere, y que venciese por la tendencia en cada certamen más marcada á la representación de cosas, tipos y escenas de la vida vulgar, y muy especialmente de la de las gentes de mar y del campo; pero pensaban muchos, y yo entre estos, que no fuese tan rápida la victoria y sobre todo á raíz de los grandes desastres sufridos en la última guerra. Creíamos que influirían los dolores y angustias de la patria en el espíritu de nuestros artistas, tan románticos no hace todavía diez ó doce años, inspirándoles obras de carácter bien distinto al de placidez que ha inspirado casi todas las que componen la Exposición actual. Confieso, pues, que me he equivocado de medio á medio, y que si viviese Taine, le expondría esta observación mía, rogándole que si lo creía oportuno rectificase algunas de las afirmaciones que en su admirable obra *Filosofía del arte* hizo al tratar de la producción de la obra de este género.

Pero, en fin, dejando á un lado estas consideraciones, voy á intentar una rápida enumeración de aquellas obras que según mi leal saber y entender merecen que me ocupe de ellas en las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

**

En la sección de escultura figuran como dignas de mención un alto relieve del escultor cordobés Inurria que lleva por título *Una mina*; un busto retrato de señora, de Marinas; otros dos, uno de ellos retrato de niña, de Blay; otro busto de la marquesa de Luque, modelado por Benlliure, y un pequeño grupo en bronce de este mismo artista titulado *No la despiertes*; una estatua representando un *Fecial* en el acto de declarar la guerra al enemigo, de Cabrero y Gallardo; la estatua del filósofo vigitano *Balmes*, modelada por Alcoverro, y que ya conocen mis lectores por haber sido reproducida en estas páginas; la estatua sedente de *Velázquez*, obra de Marinas, y que habrá de inaugurarse en las fiestas próximas del centenario del gran pintor; un grupo de Campeny cuyo título es *A muerte*; un grupo de Castaños titulado *Bacante*, y un busto de *Giordano Bruno*, modelado por Vega Cruces. No creo haberme dejado en el tin-

Por eso, cuando veo obras como el busto en mármol de la niña *Piedad de Iturbe*, esculpido por Blay, el notabilísimo autor de los grupos *Primeros fríos* y *Hacia el ideal*, me parece sentir emoción parecida á la que experimento cuando en un corro de mujeres de pintados rostros y teñidos cabellos miro descollar la gentil cabeza de una jovencita, que sin artificio alguno luce sus encantos limpios de todo menjurge, viéndose á través de la fina epidermis correr la sangre y cómo tiñen sus labios y mejillas los colores de la juventud. Esta misma emoción me causan los bustos que de su señora modeló Marinas, y de la marquesa de Luque el insigne Benlliure. Y he aquí las tres obras maestras de icónica escultórica que figuran en la actual Exposición.

Después de tales obras, bien merecen un elogio la de Inurria y las de otros cuantos escultores, alguno para mí desconocido hasta el presente.

La mina de carbón titula á un gran alto relieve que ha traído á este certamen el primer artista que acabo de citar. De cuatro figuras se compone el grupo de mineros que el escultor cordobés modeló, estudiándolos en el fondo de una de las minas de Bélmez, á trescientos metros bajo el suelo, donde la atmósfera es asfixiante y donde muchas veces, á pesar de las lámparas Davy con que se alumbran esos topes humanos, el terrible gas *grisú* hace explosión, sembrando la muerte en aquellas espantables galerías.

Yo quisiera que Inurria hubiese dado más movimiento á sus figuras y que éstas agrupasen con más arte. Quisiera asimismo que, aun sin olvidar el espíritu del naturalismo clásico, fuesen las líneas de los desnudos mineros menos delicadas, más enjutas y rudas, en consonancia con el trabajo á que se dedican y que les ha de deformar necesariamente algunas partes del cuerpo, por el artista modeladas cual si tratase de un púgil ó de un atleta de Grecia ó Roma. Pero, aparte estos reparos, las estatuas (que estatuas son, pues apenas si alguna de las figuras está ligeramente adosada al fondo) merecen toda clase de encomios por la finura y firmeza del contorno, la elegancia del movimiento, la verdad típica de los rostros y lo bien entendido de las medias tintas.

De un género absolutamente diverso es el grupo en bronce *No la despiertes*, última obra ó por lo menos una de las últimas obras que la fecundidad prodigiosa de Mariano Benlliure ha producido. Representa á una bellísima joven desnuda, que tendida á orillas del mar, cuyas olas bañan las rocas sobre que descansa la ninfa, entregada al sueño, contemplan dos preciosos *amorcillos*.

Bien sabido es cómo modela Benlliure, y cómo dispone sus grupos, y cómo sabe sentir la realidad. Si la figurita de la ninfa es un prodigio de forma, las

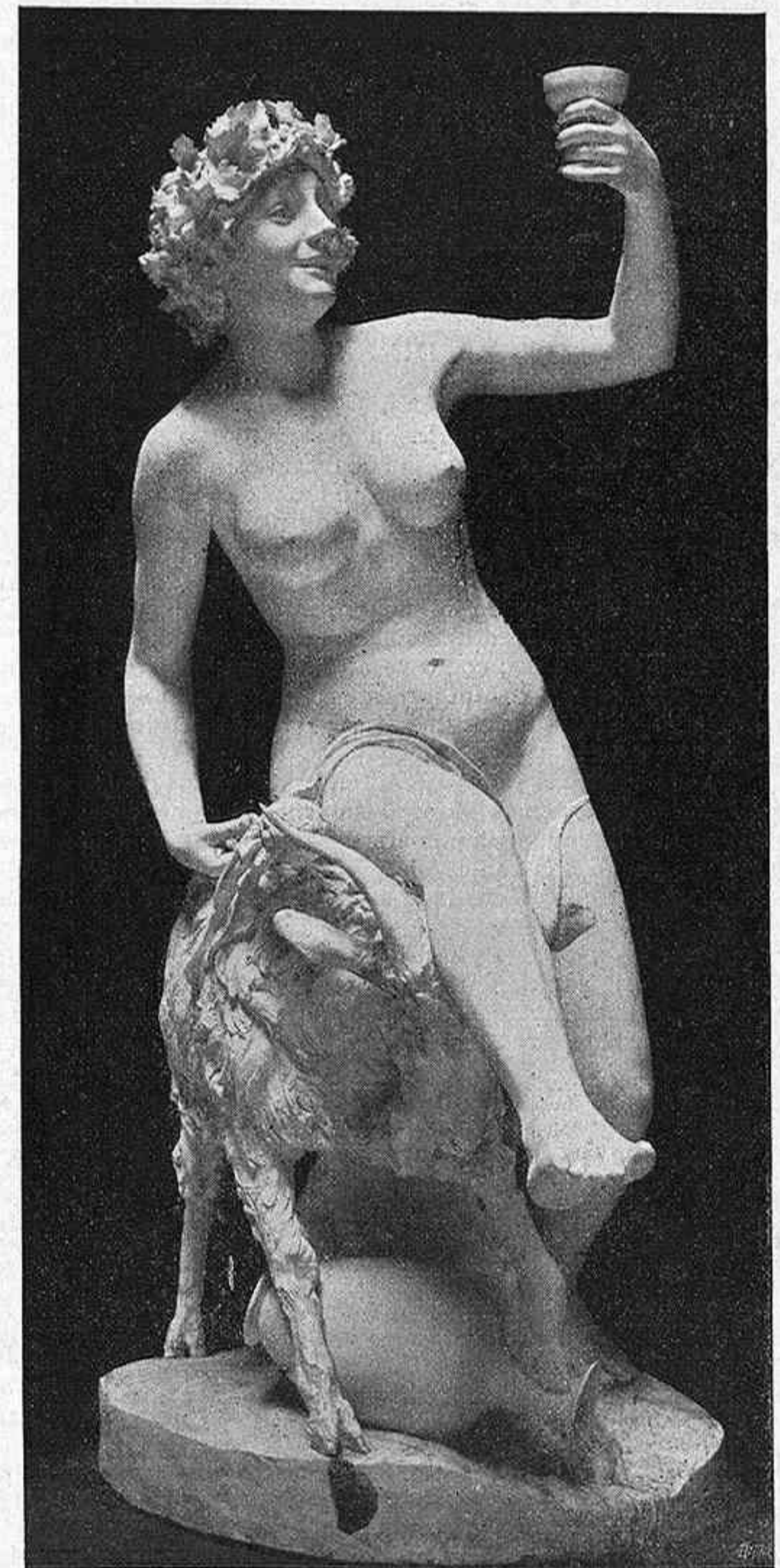
de los *amorcillos* son un encanto. En aquellas diminutas cabecitas hay tanta vida, que parece como que van á reír ó á charlar. Más que para vaciarlo en bronce me parece este grupo digno de haber sido modelado en pasta tierna de Sevres.

De Alcoverro, además de la estatua de *Balmes*, hay un bajo relieve que representa á San Pedro empuñando una llave (¿será la única que tengan las puertas del cielo?), un busto en barro cocido (una fantasía femenina), y una estatuilla titulada *La luz eléctrica*. Dejemos al santo portero, dejemos también el busto y con el busto la representación plástica de la luz eléctrica, y vengamos (con la imaginación naturalmente) adonde está el filósofo de Vich.

Sería difícil encontrar tacha en esta estatua. Bien proporcionada, bien plegados los paños, bien movida, y sin embargo no impresiona, no obliga á que se le contemple largo rato. Aquella cabeza se inclina con naturalidad grande, y parece como que el célebre filósofo se dispone á pensar; pero todavía no ha comenzado. ¿Me entiende mi respetable amigo el señor Alcoverro? Es que le falta ese algo que no sé cómo se llama que ilumina y transforma el rostro más impasible, haciéndole transparentar las ideas y los pensamientos que se agitan en el cerebro. Por la frente de Cosme de Médicis pasan en tropel presentimientos bien tristes; por la del gran legislador del pueblo hebreo, la visión profética del camino que habían de recorrer los israelitas hasta su completa ruina. El tipo de esta estatua de *Balmes* es delicado, fino; en este particular acertó Alcoverro.

Bien quisiera decir lo mismo de la representación sedente del inmortal *Velázquez*, modelada por escultor tan notable como Marinas. Mas por esta vez he de quedarme con el sentimiento de no poder aplaudirle, pues confieso que no alcanzo á traslucir en aquella estatua la figura material ni la moral del gran artista sevillano.

En otra parte he escrito que no puede concebirse á Velázquez pintando sentado, y aquí repito lo que entonces escribí. Del simple examen de las obras de aquél se llega en seguida á esta conclusión. La pincelada es larga, el toque rápido, el dibujo grande; la retina del excelso maestro es una cámara oscura y necesita distancia para enfocar, para percibir del mo-

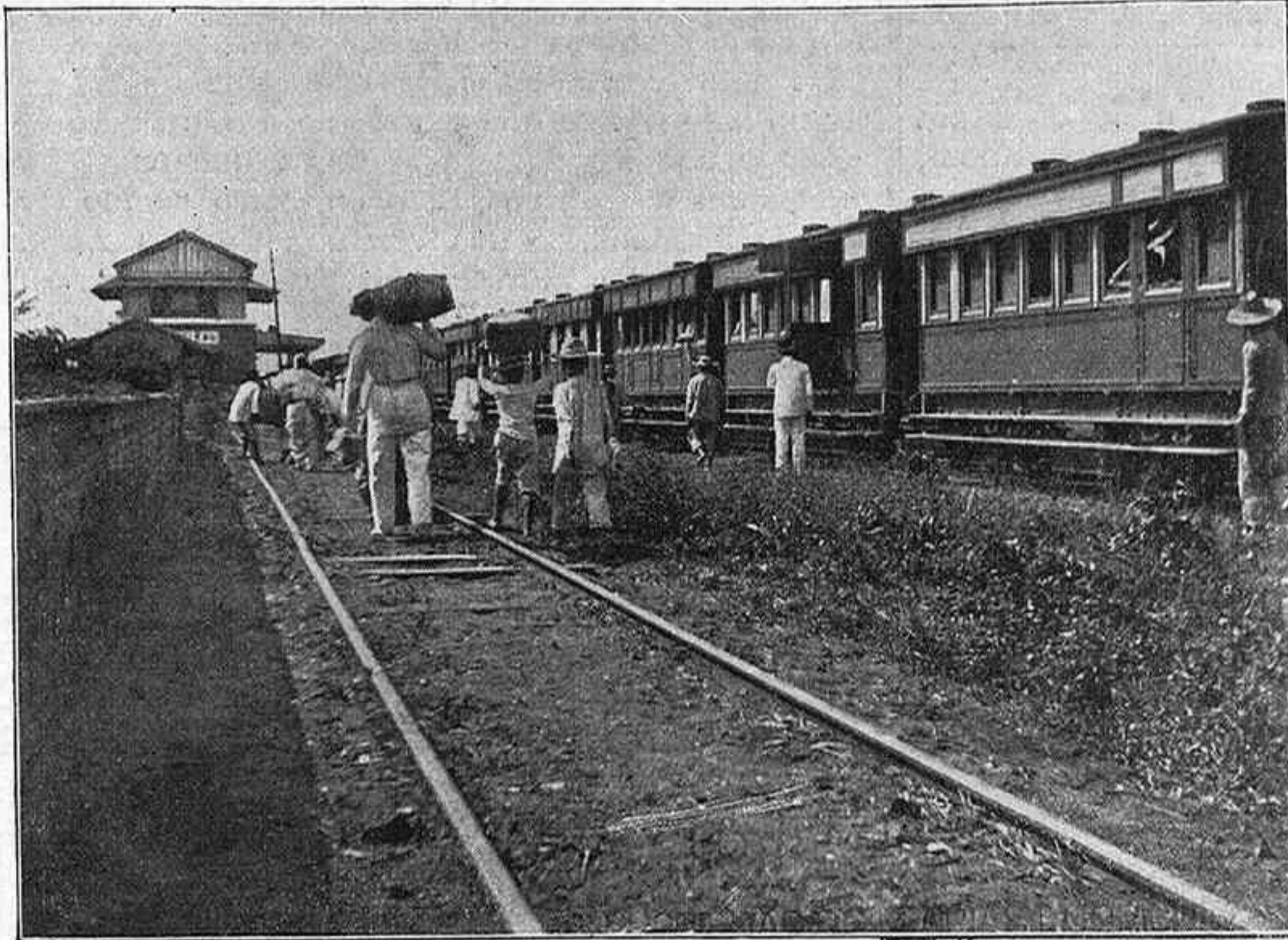


Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1899
BACANTE, grupo escultórico de Castaños. 2.ª medalla



do maravilloso con que las percibía las medias tintas y las de las sutiles gradaciones del ambiente, como se advierte en todos sus cuadros y sobre todo en el de *Las Meninas*. Además, el mismo pintor se retrató de pie en esta última obra.

Por otra parte, las facciones de Velázquez eran energicas; tenía los ojos grandes, expresivos, rectamente colocados, la frente ancha..., y yo no veo nada de todo esto en la cabeza de la estatua modelada por Marinas. ¿Para qué seguir?



GUERRA DE FILIPINAS. — Una excursión á Barasoain y Malolos. La estación férrea de Guiguinto (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Podría apuntar también desdibujos grandes. Marinas tomará la revancha, estoy seguro de ello.

De un tan conocido artista vengo á la obra de otro totalmente desconocido, el Sr. Cabrera y Gallardo. Su estatua *Fecial* es una muestra de lo que puede esperarse del autor; y en verdad que se puede esperar mucho. Si bastante dura de modelado y acusada la musculatura con exceso de relieve, en cambio tiene el *Fecial* un movimiento arrogante y una línea muy justa. Pláceme saludar en el Sr. Cabrera á un escultor de no vulgares condiciones, así como al Sr. Castañón, que ha modelado un grupo muy simpático. Representa á una *Bacante* montada sobre un macho cabrío. Bien movida la figura de ella, de blanda factura y líneas agradables, sin que sea una obra perfecta, pues no tiene carácter muy clásico que digamos, amén de alguna que otra dureza y rigidez, es sin embargo una obra muy apreciable.

R. Balsa de la Vega

GUERRA DE FILIPINAS

Continuando la información gráfica de los sucesos que en las Islas Filipinas se vienen desarrollando desde que cesó en aquel archipiélago la soberanía española y estalló la lucha entre los yanquis y los indígenas que en mala hora fueron en las promesas de sus seudo libertadores, publicamos en esta página y en la siguiente varias interesantes fotografías que nos ha remitido nuestro inteligente y activo corresponsal en Manila D. Manuel Arias y Rodríguez, á quien una vez más reiteramos la expresión de nuestro agradecimiento por la atención con que nos favorece enviándonos tantos y tan variados datos.

Estas fotografías, como verán nuestros lectores, reproducen algunos de los lugares en donde se van desarrollando los importantes sucesos de la guerra que tan cara va costando á los norteamericanos y que lleva trazas de ser el principio del fin de una nación poderosa mientras ha progresado al amparo de la paz y del trabajo.

Tres de dichas vistas permiten apreciar los destrozos que la artillería yanqui causó en la iglesia del barrio de Paco en Manila, durante un combate sostenido contra las fuerzas filipinas. Esta iglesia y la casa convento á ella adosada tenían los techos contruidos con planchas de hierro ondulado y galvanizado, las cuales planchas se ven en el interior del templo retorcidas, rotas y en montón: las paredes de las fachadas han sufrido también muchísimo, según puede verse en las fotografías de la página siguiente.

Otra reproduce la vista del puente sobre el río de Paco (San Francisco de Dilao); en él se ven dos guardias yanquis encargados de impedir el paso por el mismo á todo filipino, en cumplimiento de las órdenes dictadas por las autoridades militares norteamericanas desde que se inició el pequeño combate durante el cual se hicieron fuertes algunas tropas indígenas en el convento é iglesia de Paco.

El ferrocarril que se ve en otra de las fotografías es de vía estrecha y el único que existe en Filipinas: el tren, que se dirige á Malolos, aparece detenido en la estación de Guiguinto.

La calle del pueblo de Malolos, en donde estaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y la residencia del Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios, desemboca en la plaza del pueblo. La iglesia tiene dos fachadas, una que da sobre esa plaza y la lateral derecha que se ve en la fotografía.

La casa convento, residencia que fué de Emilio Aguinaldo, estaba adosada á la iglesia y se comunicaba con ella por la parte del coro. Al entrar los yanquis en Malolos incendiaron la iglesia y la casa convento.

Malolos, arrasado por los norteamericanos, era una de las poblaciones más extensas y pobladas de la provincia de Bulacán: el núcleo central de casas lo formaban fuertes edificios de mampostería y el resto del pueblo componíase de agrupaciones de casitas de caña y nipa, como las que reproduce otro de nuestros grabados.

Dos de nuestras fotografías representan el paso por la plaza de Malolos de las tropas filipinas que se dirigen á la estación del ferrocarril, para trasladarse á las líneas avanzadas de Calocan y San Juan del Monte, antes de romperse las hostilidades.

Los otros dos grabados que publicamos reproducen la iglesia de Barasoain, en donde celebraba sus sesiones el Congreso Filipino que fué destruido el Viernes Santo al ocupar los yanquis el citado pueblo, y el río que separa Malolos y Barasoain, río fangoso y de poco fondo que pasa por un costado de la plaza principal del primero de dichos pueblos. — X.

UN VOTO DE CALIDAD

«La dolorosa exclamación *¡decadencia!* nos persiguió como un eco que han repetido por turno todas las generaciones. . . . siempre pesimistas á la vista de lo presente, siempre optimistas al juzgar lo pasado.»

(José Yxart. — *El arte escénico en España.*)

Un diario madrileño, *La Opinión*, tuvo (hace ya muchos días) la plausible ocurrencia de iniciar en sus columnas una campaña artística, de la cual, con saber que tiene por asunto *El teatro y nuestros autores*, puede presumirse la finalidad y la importancia.

Un redactor — discretísimo é inteligente por cierto — del mencionado diario, se propuso visitar á los primeros autores dramáticos de España para recoger las opiniones de todos en cuanto con el actual estado de nuestro arte escénico se relaciona, y dando principio á su tarea por una entrevista con el aplaudido autor de *El nudo gordiano* y *Las vengadoras*, publicó lo que *Eugenio Sellés* pensaba en materia tan interesante.

Gran satisfacción fué para mí que parecer tan autorizado coincidiera con mis opiniones, y esta coincidencia, que á un tiempo mismo me halaga y me honra, sírvenme de estímulo para exponerlas una vez más, ya que aun admitiendo que yo esté en error, estoy con muy buena compañía.

Que la dolorosa exclamación *¡decadencia!* haya sido — según observaba el insigne y malogrado Yxart (nunca bastantemente llorado) — repetida lo mismo que un eco por todas las generaciones, nada tiene de extraño. Cada generación solamente conoce de las generaciones pasadas, por lo que á literatura respecta, lo mejor de lo mejor que ellas dejaron; en cambio ve, al presente, lo bueno, lo mediano, lo malo y lo pésimo que se produce, como siempre se ha producido. Actualmente lo bueno es lo que menos abunda, y en la comparación no puede menos de resultar perdido lo actual.

Pero si esto explica la opinión del vulgo, no alcanza á justificar la equivocación de las personas entendidas, á quienes no debería ocultarse que si *Venganza catalana* y *Un drama nuevo* y *Consuelo* y algunas otras, no muchas ciertamente, son obras que han merecido pasar á la posteridad, durante la época misma en que esos hermosos dramas eran representados, aparecían en nuestra escena centenares de obras de las que ni memoria ni rastro queda. Los autores mismos de esas comedias aplaudidísimas no tuvieron en todas idéntica fortuna, ni tampoco igual acierto.



GUERRA DE FILIPINAS. — Malolos. Torre de la iglesia y calle donde se hallaban las casas ocupadas por la redacción de *El Heraldo Filipino* y por el Sr. Mabini, presidente del Consejo de Secretarios del gobierno filipino (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).



GUERRA DE FILIPINAS. — Salida de tropas filipinas para cubrir las líneas de Calocan y San Juan del Monte (de fotografía, propiedad de M. Arias y Rodríguez, de Manila).

Porque opino así he sostenido (casi solo contra la mayor parte) que nuestro teatro no está en decadencia.

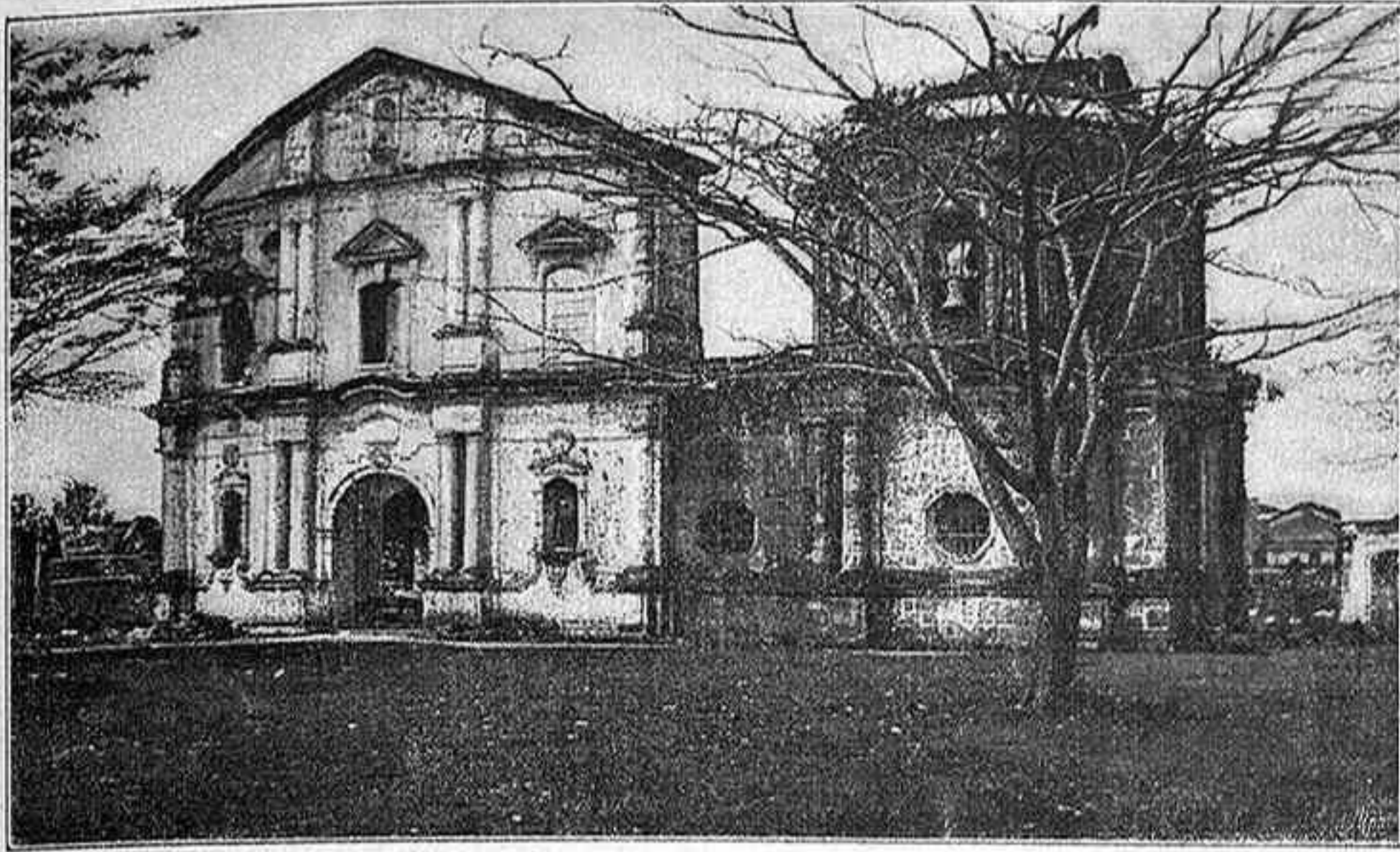
Entre los elementos que dan vida á esa manifestación artística son indudablemente los principales: los *autores*, los *comediantes* y el *público*. Y prescindiendo espontáneamente de pintores escenógrafos, de *atrezzistas*, de *tramoyistas*, de *sastres* y de multitud de auxiliares que sirven para dar ostentación y brillo al espectáculo; porque sobre lo mucho, muchísimo que en esa parte decorativa hemos adelantado no hay discusión posible, ni creo que dude nadie.

Pues bien: nunca hubo en España más autores que ahora; ni más cómicos; ni más decidida afición del público á las representaciones teatrales. Que no todos los autores son buenos, que muchos cómicos son malos, que el gusto del público no parece, por regla general, suficientemente delicado, no lo niego; pero, por ventura, ¿fueron excelentes, sin excepción alguna, todos los dramaturgos de otras edades? ¿Eran, en algún período de nuestra historia literaria, prodigios de habilidad y maravillas de inspiración todos los comediantes? ¿Fué — en alguna época — asombrosa la cultura del vulgo?

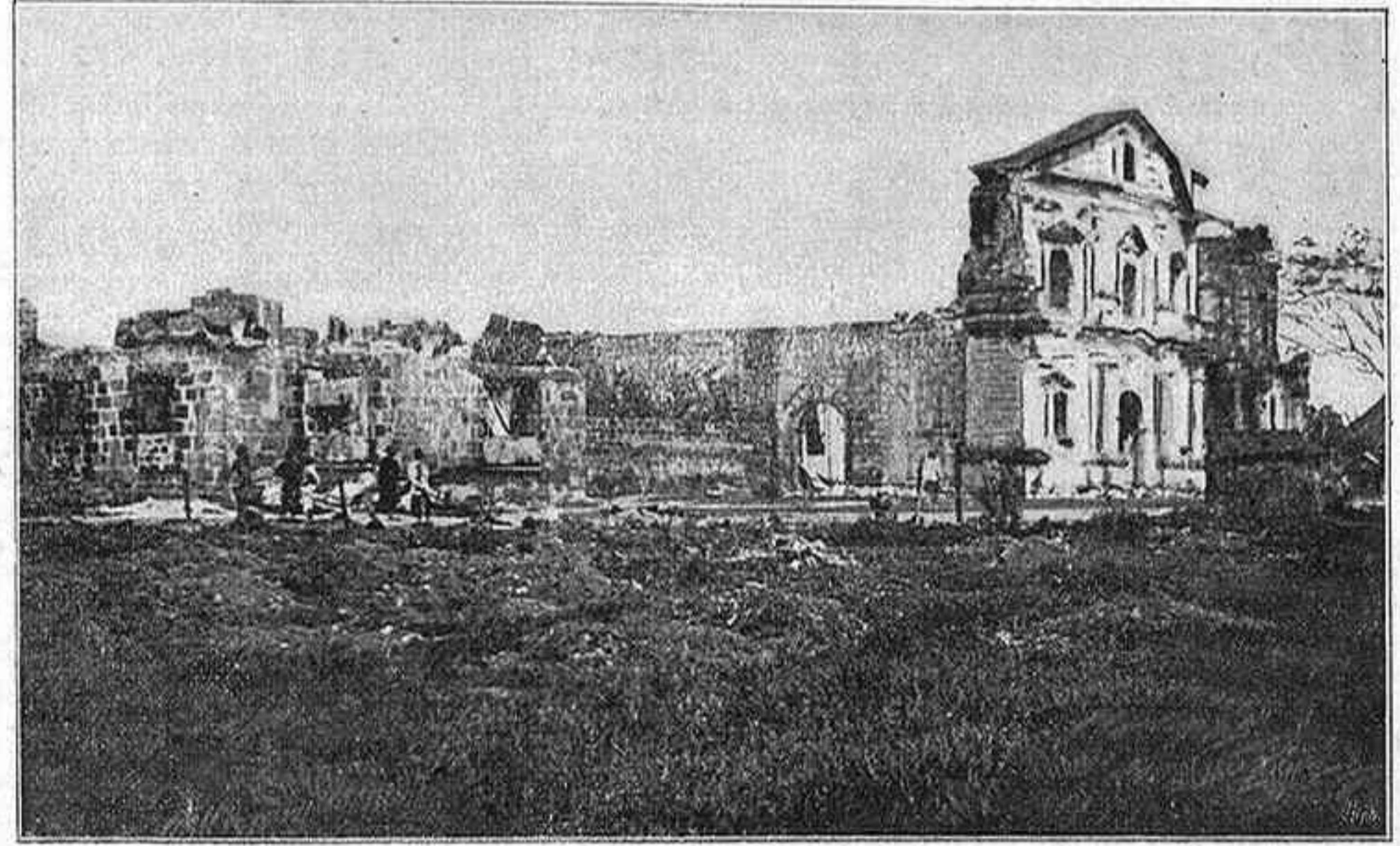
Pues si nada de eso ha ocurrido nunca, si en todo tiempo hubo poetas chirles, autores imbéciles, cómicos majaderos y público mal educado, ¿dónde han ido á buscar los que tanto hablan de decadencia término de comparación para señalarla?

Tenía, por consiguiente, mucha razón Eugenio Sellés para decir, de una

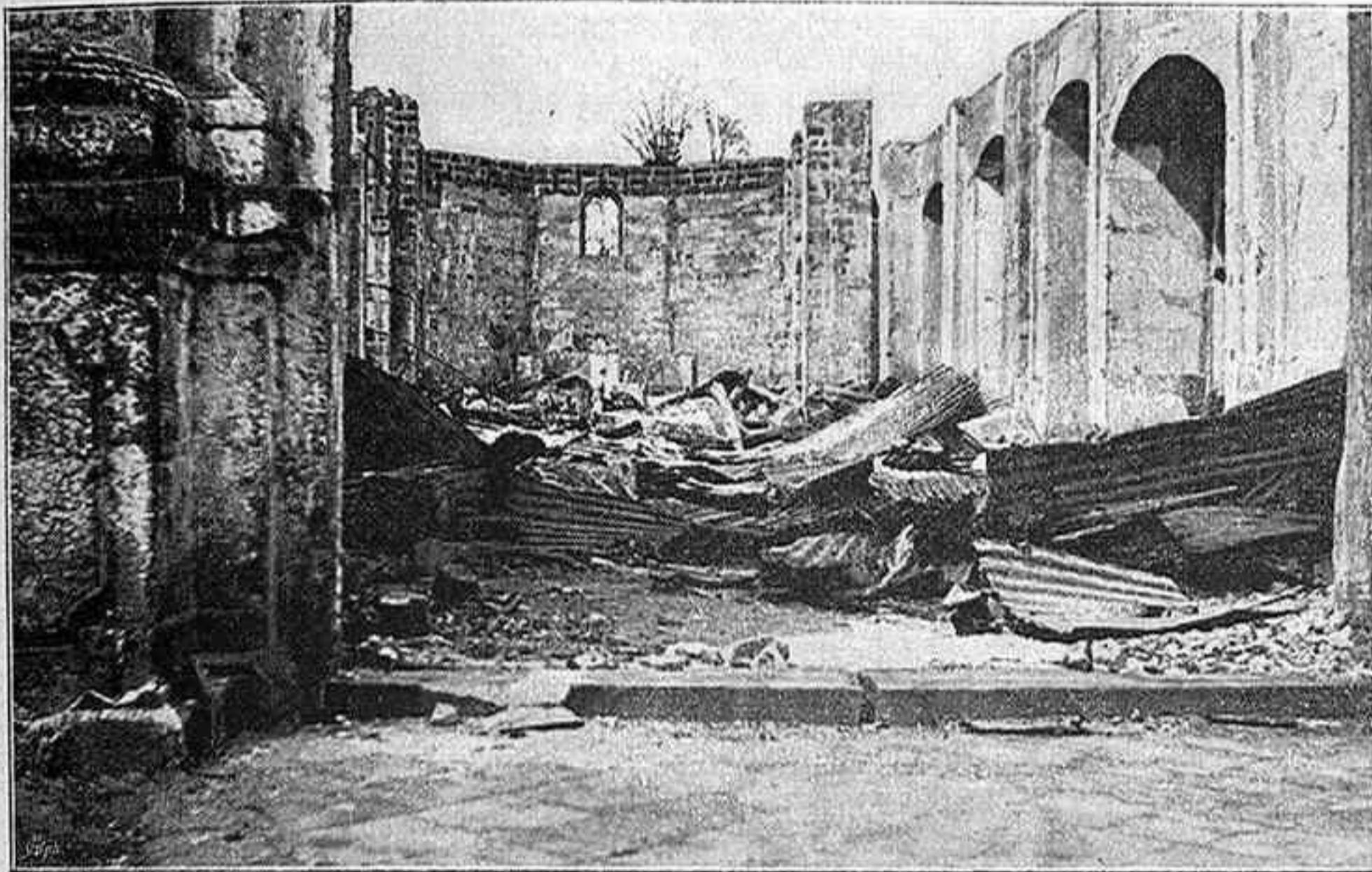
GUERRA DE FILIPINAS



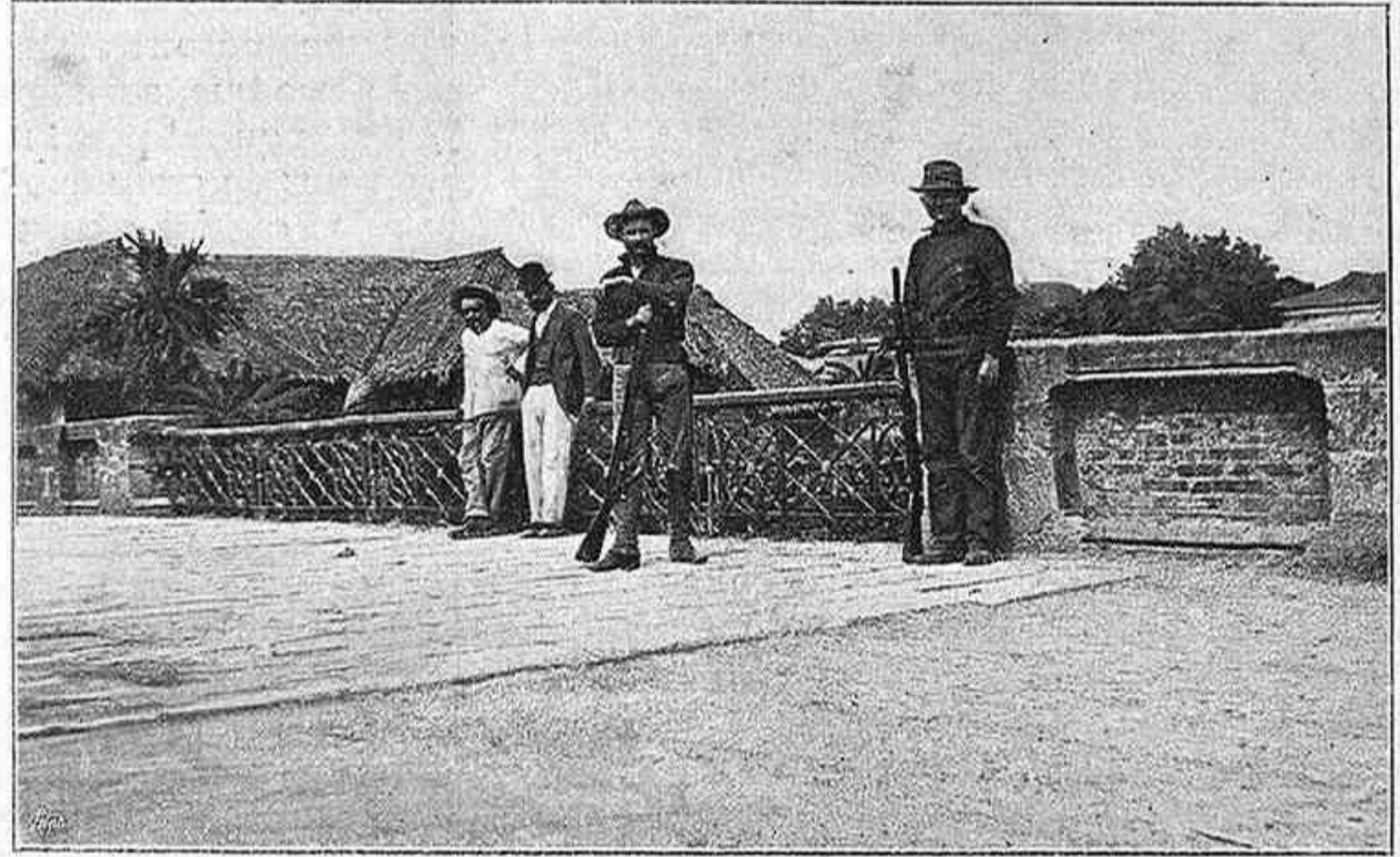
MANILA. - Fachada principal y torre de la iglesia del barrio de Paco, destruída por la artillería yanqui



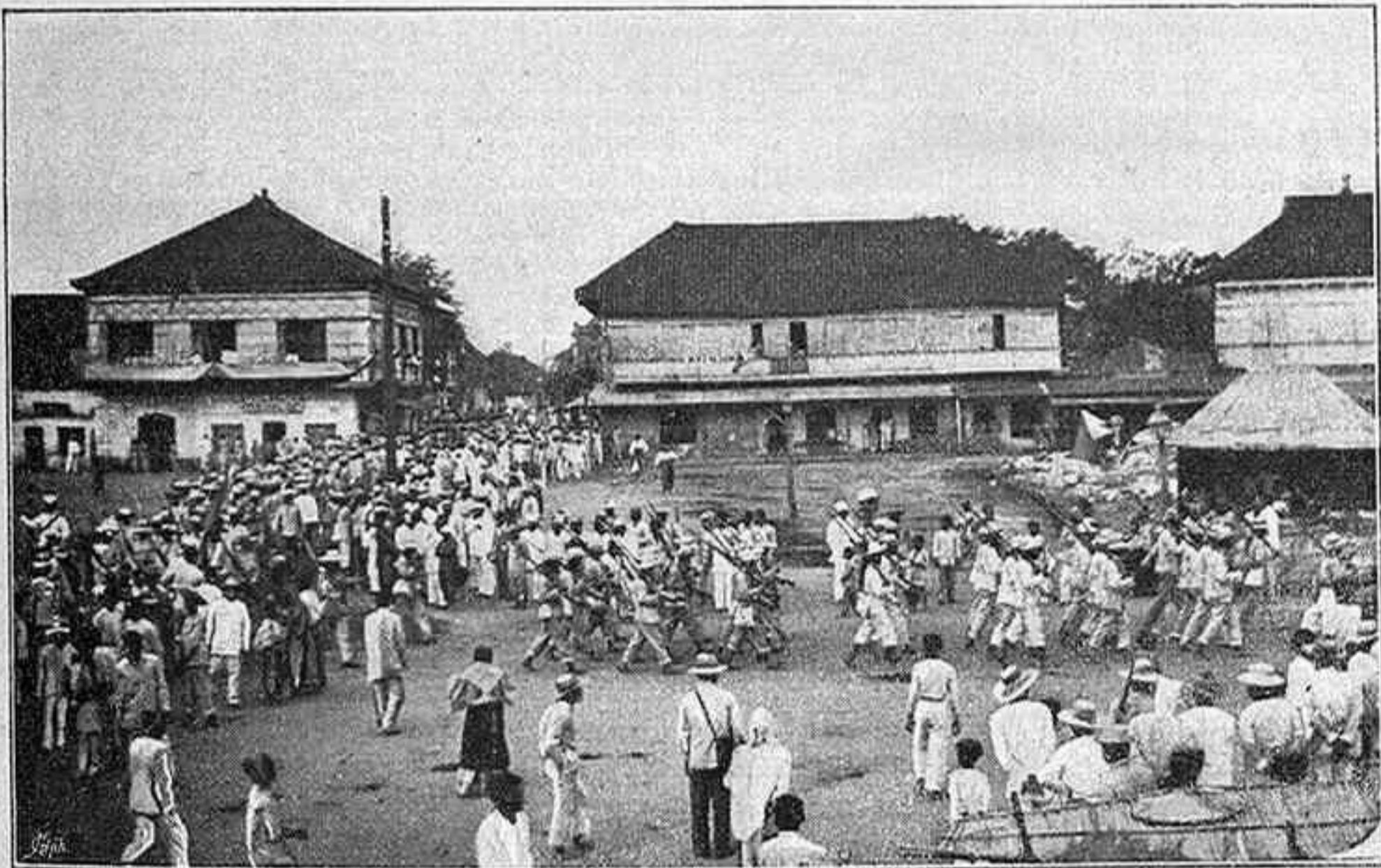
MANILA. - Vista general de la casa-convento ó iglesia del barrio de Paco, después del incendio producido por las granadas yanquis



MANILA. - Interior de la iglesia del barrio de Paco, después del incendio



MANILA. - Puente de Paco (San Francisco de Dilao). - Guardia yanqui impidiendo el paso á todos los filipinos



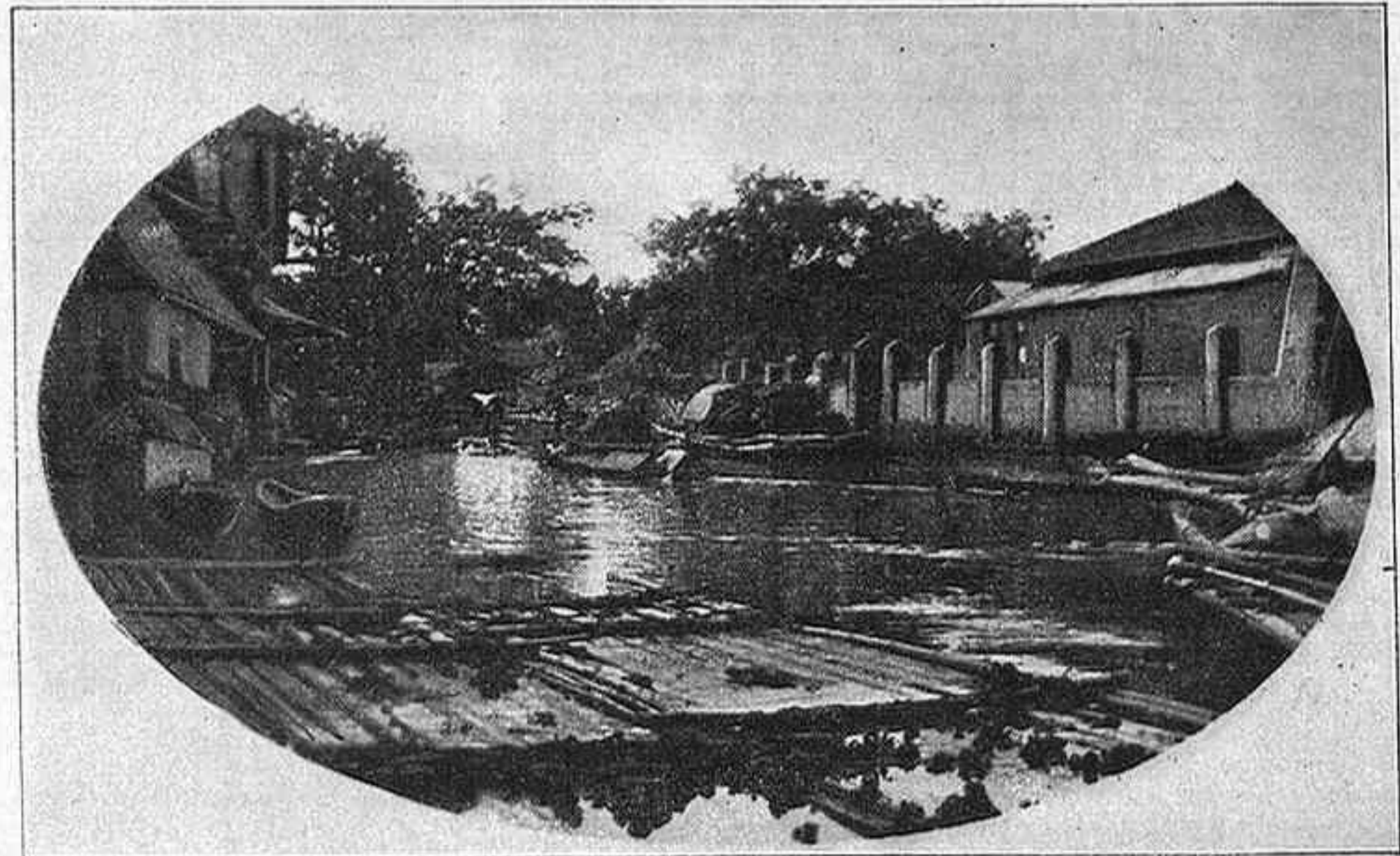
MALOLOS. - Salida de tropas filipinas para cubrir la línea de Calocan y San Juan del Monte



MALOLOS. - Casitas de caña y nipa que existían en el camino que conduce á la ermita de San Juan



BARASOAIN. - Iglesia en donde celebraba sus sesiones la asamblea filipina, destruída por los yanquis al ocupar éstos Barasoain y Malolos



Río fangoso y de poco fondo que separa los pueblos de Malolos y Barasoain

DE FOTOGRAFÍAS, PROPIEDAD DE M. ARIAS Y RODRÍGUEZ, DE MANILA

ATENCIÓN
BIBLIOTECA
NACIONAL
LITENARIA

manera rotunda y categórica: *No hay tal decadencia.*

Y tanto como no la hay. En España, como decía el aplaudido autor de *Las esculturas de carne*, hay teatros ya en todas las poblaciones de alguna impor-



El eminente hombre público D. JOSÉ DE CARVAJAL, fallecido en Madrid en 4 de los corrientes (de fotografía)

tancia, y aun en villas y lugares que no tienen importancia ninguna.

En nuestras grandes capitales existen relativamente más teatros que en las ciudades más cultas de Europa, y por lo que respecta á Madrid, donde no hay ni puede haber esa numerosa población flotante que en otras capitales, en París por ejemplo, es principal fuente de ingresos para las empresas de espectáculos públicos, se sostienen durante el invierno catorce teatros ó algunos más, y todos viven y todos tienen público y casi todos logran buenas ganancias si consiguen dar con una obra que pegue.

Que no todas las obras que en esos catorce teatros se estrenan son obras maestras, es muy cierto; ¿pero cuándo han sido obras maestras todas las representadas en un año teatral?

También es cierto que no son artistas de mérito relevante todos los que forman esas catorce compañías; pero no falta nunca en cada uno de esos teatros un cuadro muy aceptable, constituido por media docena de actores estudiosos, discretos y de disposiciones felices que satisfacen muy cumplidamente las exigencias, no muy exageradas, de los espectadores habituales.

Si entre los centenares de obras, obrillas y obrejas que en el curso del año cómico pasan por nuestros escenarios, hay una, una sola, de esas que están llamadas á quedar, no de repertorio, como se dice en la jerga de bastidores, sino de modelo, de muestra para que nuestros sucesores estudien lo que sabían hacer sus abuelos, no puede considerarse perdida la temporada.

«La afición al teatro, decía Sellés, lejos de decaer ha crecido, y si antes eran pocas las clases que frecuentaban los teatros, ahora son pocas las personas privadas de tal diversión.»

Si hay más autores que hubo nunca, y entre ellos algunos muy buenos; si hay también más comediantes que en otras épocas y de ellos muchos excelentes, y si el público aficionado al espectáculo teatral es hoy más numeroso que en ningún tiempo y más culto y más inteligente (hablo en general, por de contado), ¿dónde puede verse la decadencia tantas y tantas veces pregonada?

Puede verse y se ve efectivamente en el pormenor, pues con dificultad se halla quien para formar esos juicios eleve su espíritu y examine el conjunto, único medio de adquirir concepto cabal y exacto de una cosa cualquiera.

El espectador que una noche y otra noche y otra noche y otra y otra y otras muchas concurre á tal ó cual teatro, y ve siempre juguetillos insubstanciales, tan parecidos unos á otros por el asunto y el desarrollo y la disposición de las escenas que, en muchas ocasiones, llega á figurarse que todos son el mismo, no piensa en que aquellas zarzuelillas insulsas, escritas sin ingenio, aliñadas sin habilidad, presentadas sin gracia y que suelen ser, en la mayor parte de los casos, un pretexto, una ocasión para que esta ó la otra triple de moda luzca vistosos trajes ó exhiba pantorrillas primorosas, vienen á ser el lastre de la producción dramática de nuestro tiempo; que todo eso desaparecerá

sin dejar nada en pos de sí; que entre esas docenas, esos centenares, esos miles si viene á mano de obrillas sin valor literario ni mérito artístico, podrá admirar, si para ello tiene paciencia y si concurre al teatro con perseverancia, algún trabajo bien discurrido, alguna obra hondamente sentida, alguna acción dramática interesante, conmovedora, ó varias situaciones cómicas ingeniosas y bien preparadas. Para hacer trabajo provechoso de selección, siempre fué precisa mucha constancia.

De aquellos dramas espeluznantes que aterraban á nuestros candorosos ascendientes, de aquellas intencionadas y picarescas tonadillas que hacían morir de risa al buen pueblo de hace cincuenta años, ¿qué resta? Absolutamente nada. Si alguna empresa cayese en la tentación de resucitar la más famosa de aquellas funciones que parecieron entonces el colmo de la travesura y de la malicia, pronto se convencería de que había comprometido gravemente sus intereses, advirtiéndole que al público de hoy hacían bostezar los picantes chistes y los atrevimientos que ruborizaban á nuestras madres.

De aquellos tiempos, de florecimiento literario en concepto de algunos, apenas si han llegado hasta nosotros media docena de dramas. Algunos más dejaremos nosotros á nuestros hijos.

Y eso que, aceptando la locución vulgar, «si damos en que el perro rabie, rabiará al fin.» Si nos obstinamos en creer que hay decadencia y los empresarios se obstinan en proceder como si efectivamente la hubiera, acabaremos por tenerla.

Porque, al presente, la verdad del caso es que las empresas teatrales han negado el agua y el fuego á la producción española.

¿Por qué? Ellas lo sabrán: señalo el hecho; no lo explico.

Presumo que los empresarios supondrán que representando obras francesas y alemanas defienden mejor sus intereses que estrenando obras españolas.

Y efectivamente, realizan gastos extraordinarios para rodear á una obra extranjera con todo el esplendor y todo el aparato que su argumento requiere, y se cierran completamente á la banda cuando se les pide un gasto insignificante para presentar con decoro una obra española.

Esto, unido á la endiablada y perjudicialísima invención de los días de moda y de las funciones clásicas y de los viernes ó jueves de estrenos, invenciones antiartísticas todas y con las que nada ganan ni las empresas ni los autores, contribuye á que los autores dramáticos se retraigan poco á poco de un oficio en el cual son cada vez mayores las dificultades y las amarguras y es menor cada vez el estímulo y la recompensa.

Creo hoy, como creí ayer, y como el autor de *La torre de Tulavera* cree, que por ahora no hay decadencia; pero temo que si las cosas van por donde algunos empresarios las llevan, habrá pronto, no ya decadencia, sino absoluta esterilidad en nuestro glorioso teatro.

¿Puede evitarse esto?

Puede evitarse y debe evitarse; pero la manera de evitarlo, capítulo aparte merece.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

ENERGÍAS LATENTES

O sea: donde menos se piensa salta un genio, guerrero, literario, artístico ó mercantil.

¿Quién habría de sospechar tantas energías latentes en aquel muchacho?

Un niño, hijo único de familia rica, mimado y educado con esmero, ¿una salida de tono como la suya?

¡Y á su edad! ¡Una criatura de diecinueve años no cumplidos!

Así fué la sorpresa de sus padres y de cuantas personas trataban á la familia ó visitaban la casa.

El ayuda de cámara había sospechado alguna cosa; pero no podía precisar qué, y observaba y vigilaba al señorito, porque le olía á chamusquina.

Esto no era porque fumara el muchacho.

— Todos los males vengan por ahí, decía la madre.

— Si no fuera más que eso, me daría yo por muy contento; pero...

Todos sospechaban algo, pero no sabían precisar. — ¿Estará enamorado este muchacho?, pensó el padre.

— Ni pensarlo, replicaba la madre; es un inocente completo. ¿No lo sabes?

— Él no es capaz de ciertas calaveradas.

— No.

— Mujer, tú no sabes á qué puedo referirme.

— Pues tampoco.

— Las madres sois ciegas.

— Y los padres tontos.

— Enfermo no está, á Dios gracias.

— En buena hora lo digamos, el chico está hecho un buen mozo.

— Basta que tú y yo lo digamos.

— Triste no está.

— Al contrario. ¡Ojalá estuviera triste!, porque se vendería y pudiéramos con habilidad sonsacarle y dar con el motivo de su malestar.

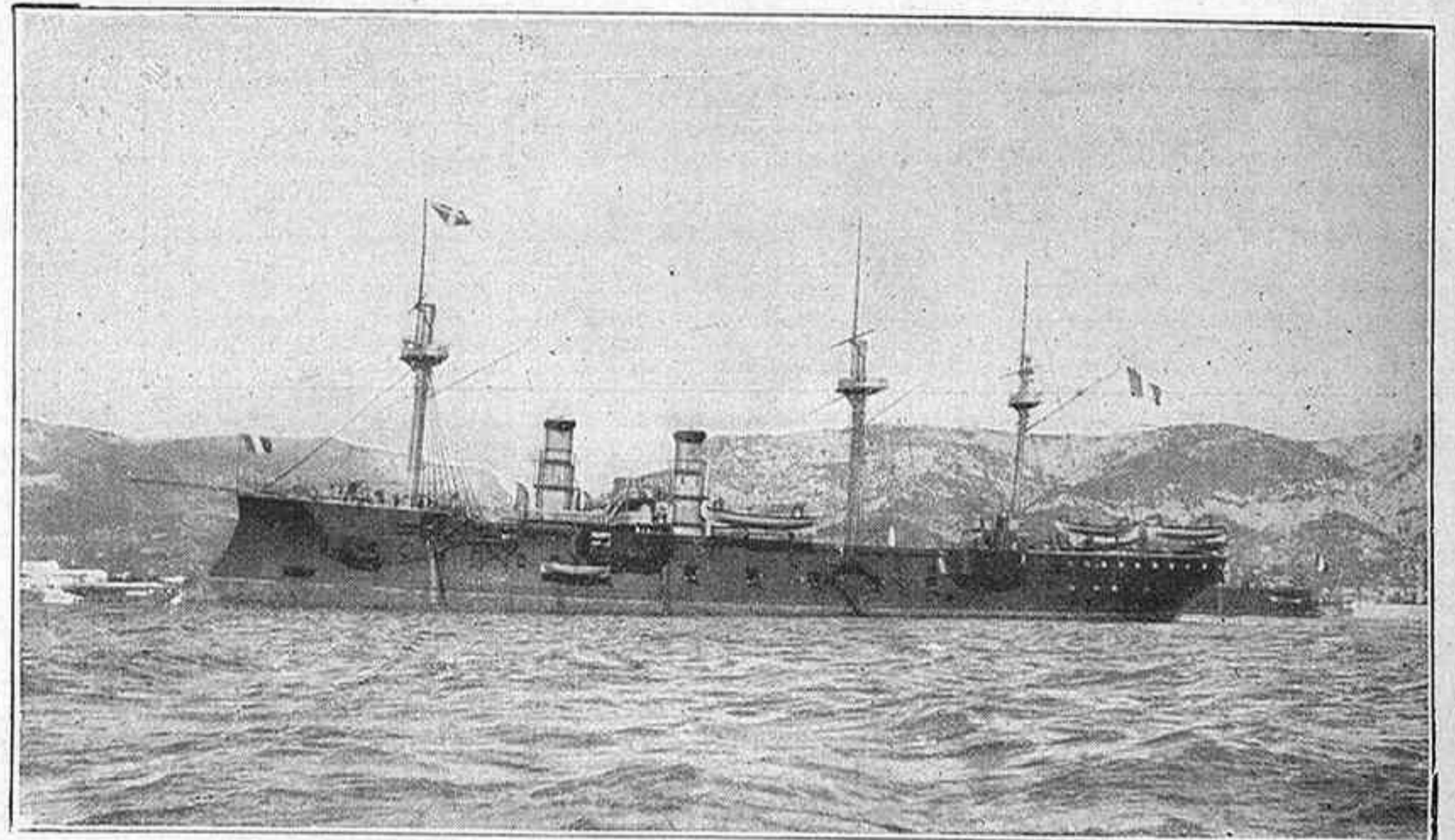
— ¿Pero tú sabes positivamente que le ocurre algo á nuestro hijo?

— Lo sé como tú, como Nicasio, como la doncella, como lo sabemos, ó mejor dicho, como lo sospechamos todos.

— Pues es preciso salir de esta situación.

— Con las madres siempre tienen más confianza. ¿Por qué no intentas sondearle?

— Si ya lo he intentado sinnúmero de veces, siempre con idénticos resultados. Se pone muy colorado primeramente; después pálido como la muerte, y me espanta, porque tan pronto temo que se me conges-



El crucero francés *Sfax* que ha ido á la isla del Diablo para conducir á Francia al capitán Dreyfus

tione de la cabeza, como que le dé un ataque nervioso. Y me acaricia y llora y ríe y me repite que me adora y me enternezco y los dos terminamos abrazados y llorando, como nos han visto repetidas veces Nicasio el ayuda de cámara y Amelia.

— Esto es extraordinario. Las lágrimas le delatan.

— Es verdad.

— ¿Qué motivos tiene para llorar un chico de diecinueve años?

— Dieciocho, que aún no ha cumplido los diecinueve.

— Un niño de esa edad, criado con esmero, á quien nada falta...

— Cada hombre es un misterio.

— Y cada mujer.

— También: y cada niño.

— ¡Qué exageración!

— ¿Tú crees que la humanidad continúa como en otros tiempos?

— Ya sé que hay progreso, según dicen.

— Hoy los chicos son hombres á los quince años.

— Y antes; ya lo sé; por lo menos están excesivamente adelantados.

— Déjales, ¡pobrecillos!

— No; si yo no me opongo á que adelanten. Por lo demás, el que me interesa es el nuestro.

Y los cariñosos padres vivían llenos de cavilaciones. — ¿Qué tendrá el niño?

Esto se preguntaban todos en la casa.

Todos menos una, y también ella acompañaba á sus señores y á Nicasio en las lamentaciones por «lo que le pasaba» al señorito Ricardo.

Todos los conciliábulos terminaban lo mismo; y una vez era el padre el encargado de la vigilancia del chico y de las inquisiciones cariñosas, y otras veces era la madre quien conferenciaba con él.

Y Nicasio se había convertido en un agente de policía secreta para congraciarse con sus amos.

Tanto que Ricardo llegó á dolerse de aquella persecución manifiesta, y desde entonces, por orden de los señores, templó en sus investigaciones.

¿Pero qué notaban en el chico para tales extremos? Cierta preocupación constante y cierto deseo de aislamiento, y aun Nicasio aseguraba haberle oído hablar solo.

¿Y salir de casa? No había quien le hiciera salir tan fácilmente.

Esto le ocurría también á Nicasio y á la doncella.

¡Amelia, que era una chica preciosa y joven, tan joven, diecinueve años, y tan apartada del mundo!

Así continuaron las cosas: Ricardo cada vez más reservado, y ya empezaba á mostrarse triste.

¡Qué disgusto en aquella casa!

Hasta que un día, como todo se descubre en el mundo, menos lo que no, al entrar en el cuarto de Ricardo su padre para sorprenderle porque le había oído murmurar algunas palabras, alarmado de que hablara solo, vió...

Vió, sí, la solución del problema.

Ricardo arrugó un papel que tenía en la mano y se lo metió en la boca.

No hay que decir si el padre le suplicaría que desistiese de aquel alimento, no por enterarse, sino por evitar que se le ahogase el hijo.

Éste cedió; entregó el papel, y se dejó caer en una butaca.

Y *tableau*.

Era un soneto á la hermosa Amelia.

Y entonces quedó descubierta la doble enfermedad del niño.

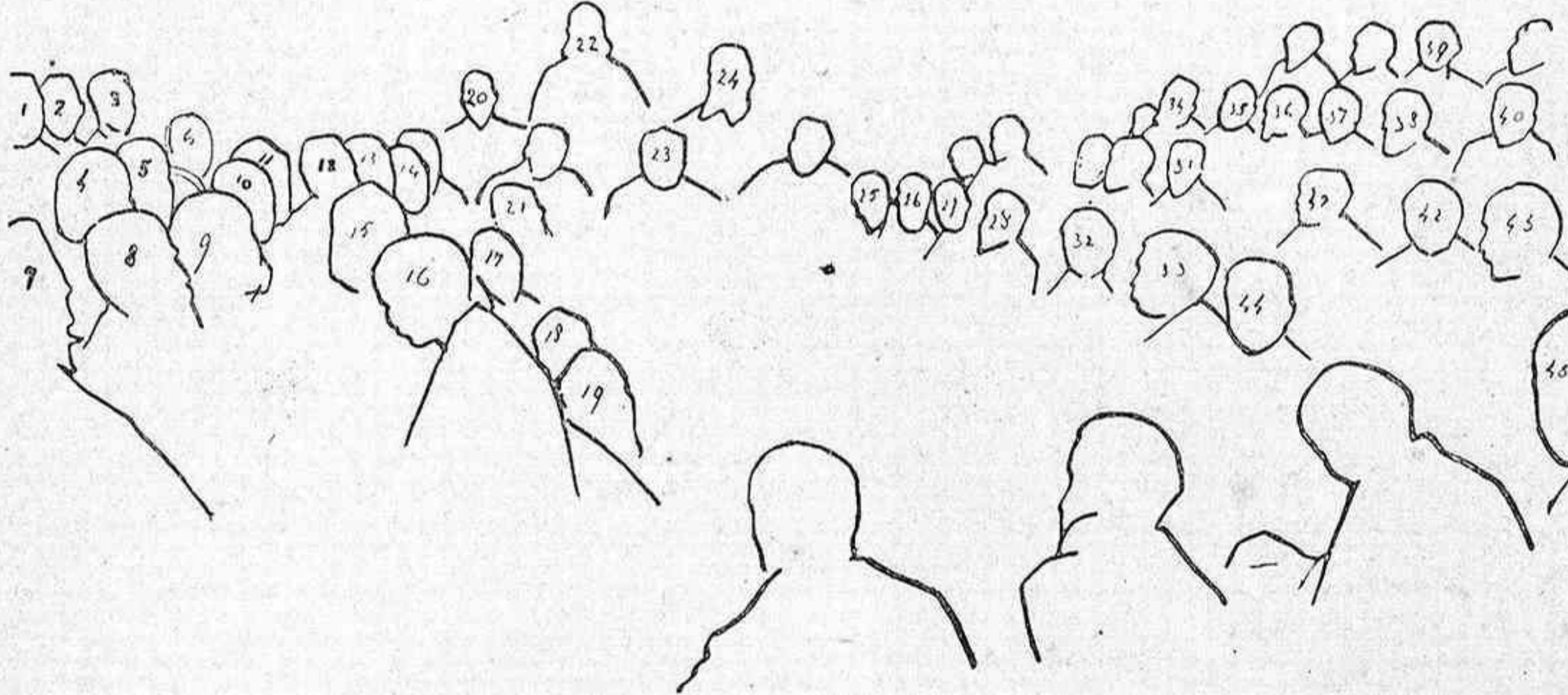
Adoraba á la doncella y se sentía poeta. ¡Angelito!

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Una sesión de la Conferencia de la paz en El Haya.—En el número anterior publicamos los retratos de los delegados de las potencias en la Conferencia de la paz que ac-

D. José de Carvajal.—El ilustre hombre público que recientemente ha fallecido en Madrid nació en Málaga en 8 de octubre de 1834, cursó la carrera de abogado y en 1872 fué por vez primera diputado, entrando al año siguiente á desempeñar la cartera de Hacienda primero y de Estado des-



- 1. Sir H. Howard, 2. Sir J. Fisher, 3. Sir J. G. Ardagh: Gran Bretaña. — 4. M. F. Martens, Rusia. — 5. A. Beldiman, Rumanía. — 6. Arturo de Baguer, España. — 7. Turkan-bajá, Turquía. — 8. León Bourgeois, Francia. — 9. Conde de Münster, Alemania. — 10. J. van Karnebeek, Holanda. — 11. A. Beernaert, Bélgica. — 12. Set Low, 13. Stanford Newell, 14. G. Grozier: Estados Unidos. — 15. Sir Julián Pauncefote, Gran Bretaña e Irlanda. — 16. Conde de Welsersheimb, Austria. — 17. M. Delyanis, Grecia. — 18. Augusto Bianco, 19. Luis Zuccari: Italia. — 20. Hoeufft van Velsen, Holanda. — 21. Barón de Stengel, Alemania. — 22. Barón de Staal (presidente), Rusia. — 23. J. van Eys van Linden (secretario), Holanda. — 24. W. H. de Beaufort, 25. Profesor Zorn: Alemania. — 26. Andrés D. White, 27. Federico W. Holes, 28. A. T. Mahan: Estados Unidos. — 31. A. Okolicsanyi d' Okoliesna, Austria. — 32. Conde Nigra, 33. Conde Zanninni: Italia. — 34. Yang-Yu, China. — 35. Coronel Schack, 36. F. E. de Bille: Dinamarca. — 37. Marqués de Villaurrutia, 38. Duque de Tetuán: España. — 39. Barón de Stournelle de Constant, Francia. — 40. Senhor d' Hornellas, Portugal. — 41. Dr. Arnoldo Roth, Suiza. — 42. E. N. Rahnsen, 43. T. C. M. Asser: Holanda. — 44. Barón Hayashi, Japón. — 45. Barón de Bild, Suecia y Noruega.

PERFIL EXPLICATIVO DEL GRABADO «UNA SESIÓN DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ»

tualmente se está celebrando en la capital de Holanda: hoy reproducimos un dibujo del natural que nos presenta en funciones á estos delegados, cuya misión pudo ser de gran trascendencia, y cuyas gestiones, sin embargo, seguramente serán de resultados nulos. La intención del czar Nicolás II habrá sido buena, no lo dudamos; pero los hechos nos demuestran cada día con nuevas pruebas que la paz universal seguirá siendo, quién sabe por cuánto tiempo, una aspiración más ó menos sincera sin probabilidad alguna de convertirse en realidad. Y por lo que toca al desarme, bien claro se ve que no hay ninguna potencia que lo acepte; de modo que continuarán los pueblos como hasta aquí, armados hasta los dientes y arruinándose por tener el mayor número de fuerzas y los fusiles, cañones y barcos más perfeccionados. De todo ello resulta que seguramente la conferencia tan cacareada será otro parto de los montes.

raciones se prestan los sucesos que en Francia se vienen desarrollando de algún tiempo á esta parte con motivo del asunto Dreyfus; mas no entra en nuestros propósitos ocuparnos de esta cuestión, motivo de tantos apasionamientos. Únicamente diremos que, sometida al Tribunal de Casación en pleno, la sentencia por éste dictada tiene todas las garantías de imparcialidad y respetabilidad que pudieran exigir los más intransigentes. Dictado el fallo, el Consejo decidió que saliera inmediatamente de Fort de France el crucero *Sfax* para recoger al prisionero de la ista del Diablo y conducirlo á Francia, en donde es esperado el 26 de este mes. Durante el viaje, Dreyfus ocupará un camarote de oficial y podrá pasearse por la cubierta de 1 á 4 de la tarde. Al llegar á Brest, será entregado á las autoridades militares y conducido á las prisiones militares de Rennes, en donde se ha de celebrar el nuevo consejo de guerra.

El crucero francés «Sfax».

A muchas consideraciones se prestan los sucesos que en Francia se vienen desarrollando de algún tiempo á esta parte con motivo del asunto Dreyfus; mas no entra en nuestros propósitos ocuparnos de esta cuestión, motivo de tantos apasionamientos. Únicamente diremos que, sometida al Tribunal de Casación en pleno, la sentencia por éste dictada tiene todas las garantías de imparcialidad y respetabilidad que pudieran exigir los más intransigentes. Dictado el fallo, el Consejo decidió que saliera inmediatamente de Fort de France el crucero *Sfax* para recoger al prisionero de la ista del Diablo y conducirlo á Francia, en donde es esperado el 26 de este mes. Durante el viaje, Dreyfus ocupará un camarote de oficial y podrá pasearse por la cubierta de 1 á 4 de la tarde. Al llegar á Brest, será entregado á las autoridades militares y conducido á las prisiones militares de Rennes, en donde se ha de celebrar el nuevo consejo de guerra.

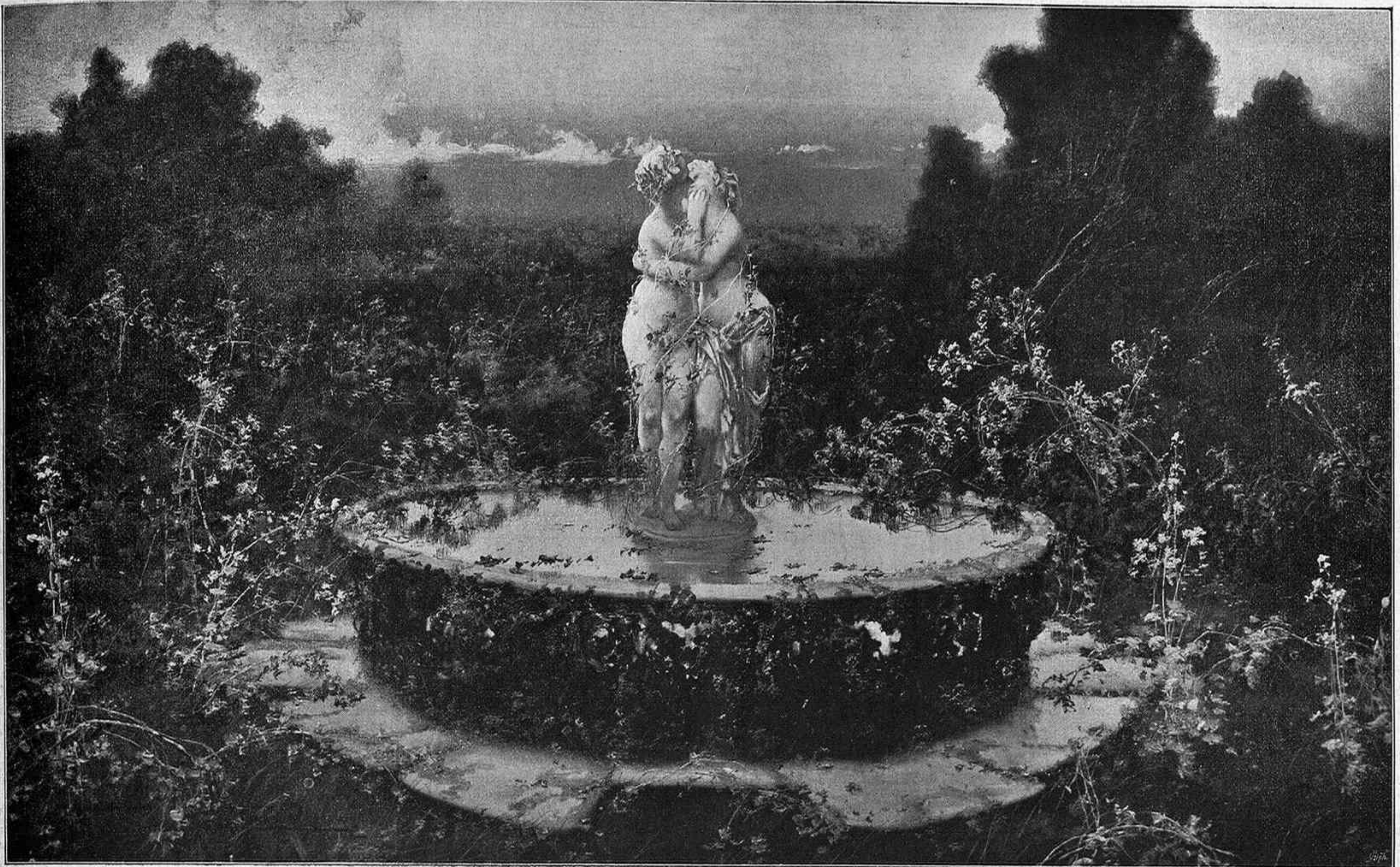


EL HAYA. — UNA SESIÓN DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ

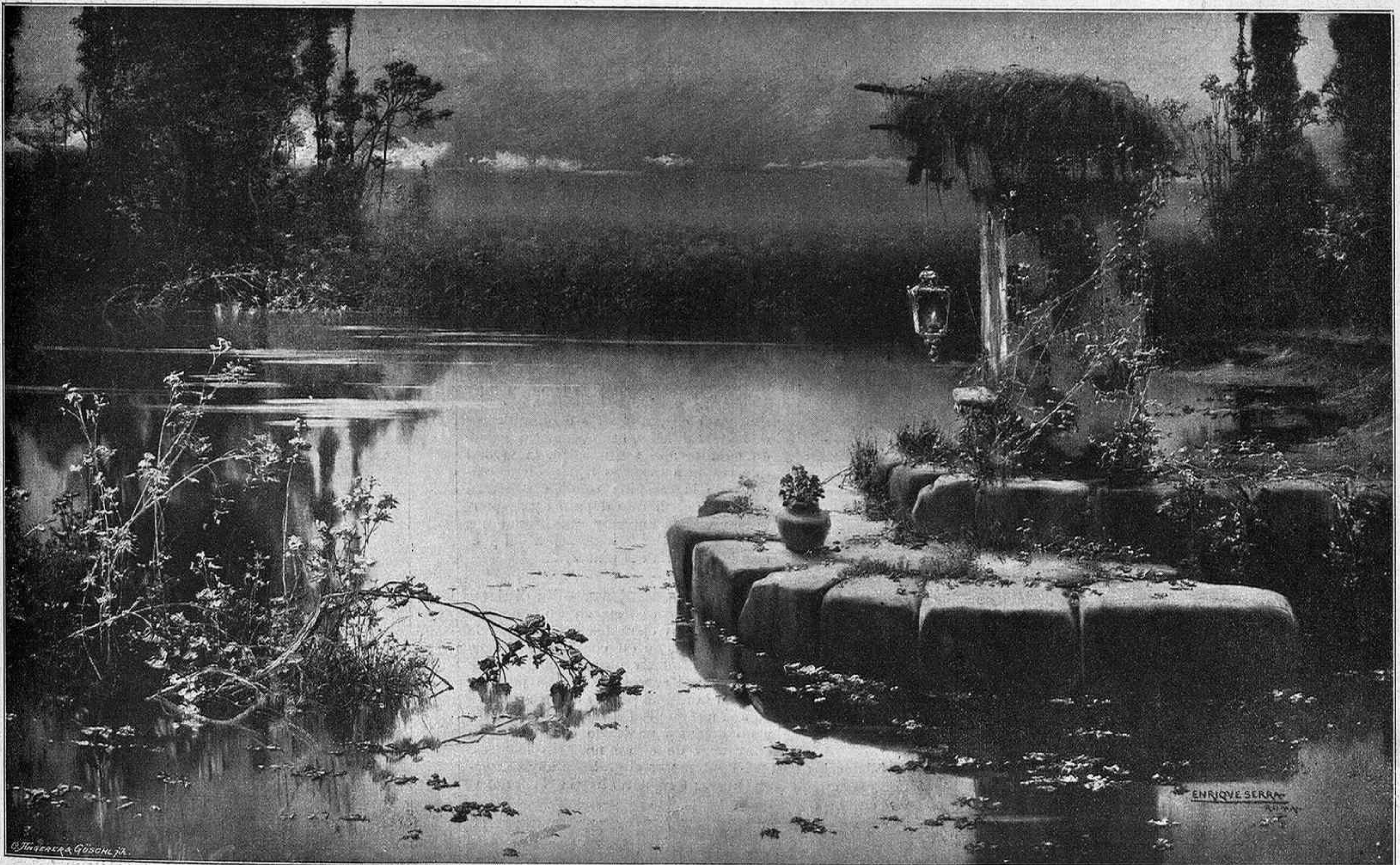




STELLA, cuadro de Mme. Luisa Starr Canziani, reproducido con autorización de la autora

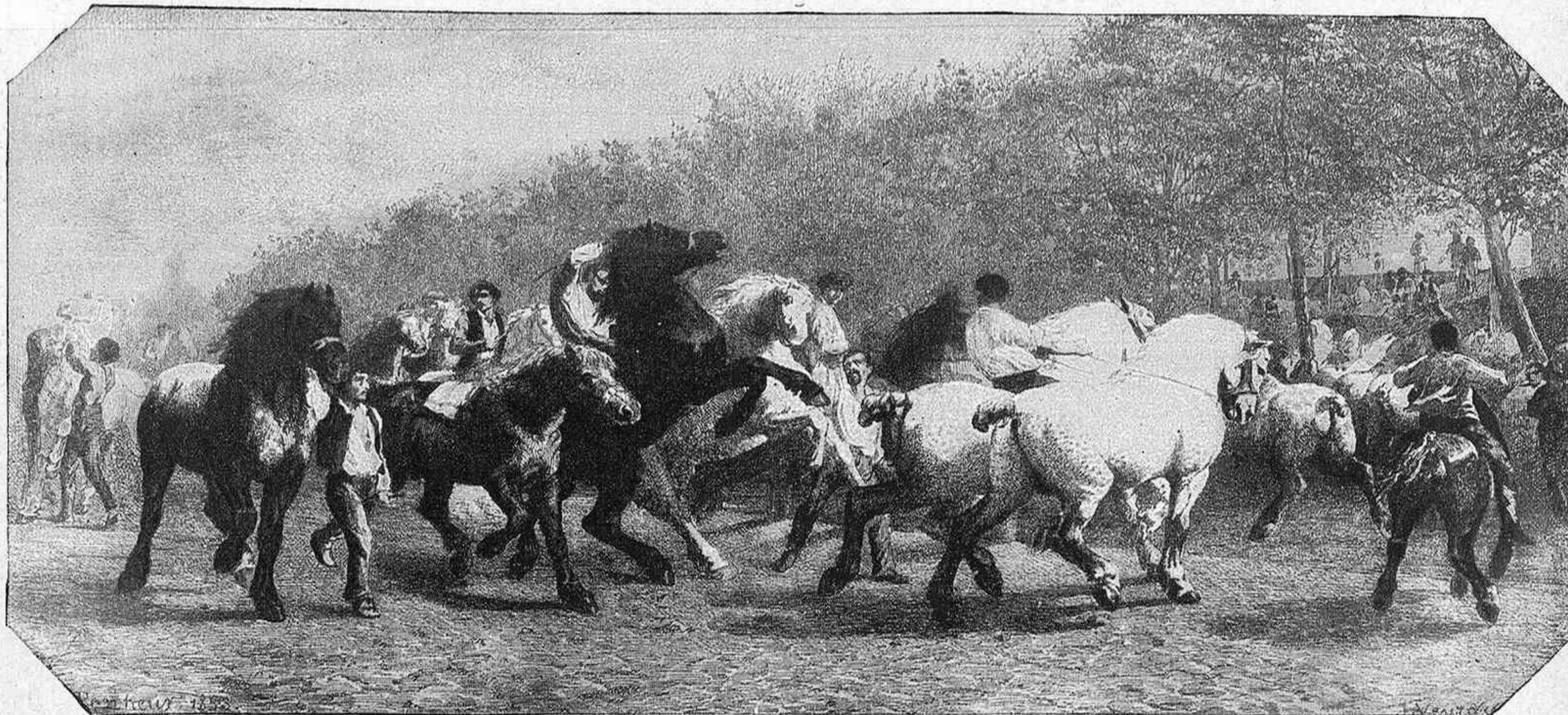


El beso del Amor y Psiquis,
cuadro de Enrique Serra, adquirido por lord Besfield, de Londres



Soledad,
cuadro de Enrique Serra, adquirido por el Sr. Anitua, de Bilbao





LA FERIA DE CABALLOS, CUADRO DE ROSA BONHEUR, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO METROPOLITANO DE NUEVA YORK

Quien espera desespera, cuadro de Román Ribera.—Frecuentes ocasiones nos ha ofrecido el ingenio y la laboriosidad de Román Ribera para emitir juicios acerca de la valía de sus producciones y poner de relieve sus estimables cualidades y merecimientos. Hoy, al reproducir en estas páginas el hermoso lienzo titulado *Quien espera desespera*, sólo nos resta llamar la atención de nuestros lectores respecto de las circunstancias que avaloran la obra, peculiares del distinguido pintor catalán á que nos referimos, puesto que pocos como él logran armonizar con tanta gallardía las filigranas del colorido con la elegancia de la factura y la corrección del trazo.

Ribera, dueño de la paleta y de la línea, preséntase siempre

Juan Strauss.—A la edad de setenta y cuatro años ha fallecido en Viena el célebre músico Juan Strauss. Hijo del compositor famoso de su mismo nombre, quiso desde sus primeros años dedicarse á la música á pesar de la oposición de su padre, y á buen seguro que á no haber sido por el apoyo de su madre, hoy habría muerto siendo un comerciante desconocido. A los seis años compuso un vals, y á los dieciocho debutó en Viena con cuatro composiciones ejecutadas por una orquesta que él mismo dirigió: el público vienés en masa reconoció su talento y aclamólo como digno continuador de su padre, que en aquel entonces había llegado al apogeo de su popularidad. Desde entonces su carrera fué una serie no interrumpida de triunfos y sus valsos gozaron de gran favor en todo el mundo. Durante muchos años Strauss dirigió la famosa orquesta vienesa *Volksgarten*, con la cual recorrió las principales capitales de Europa y América, cosechando en todas ellas grandes aplausos. Juan Strauss deja escritas más de 500 piezas de baile y varias operetas, entre las cuales merecen especial mención las tituladas *Fledermaus* y *Cagliostro*.

El beso del Amor y Psiquis.—Soledad, cuadros de Enrique Serra. —Ociosos resultan los elogios tratándose de obras de Enrique Serra, que hace tiempo se ha conquistado un puesto entre los primeros artistas contemporáneos y cuya firma es de las que más alto se cotizan en los mercados artísticos de todo el mundo. Desde su taller de Roma pasan sus cuadros á adornar las galerías públicas ó particulares de España, Francia, Italia, Alemania, Austria, Inglaterra, etcétera, y siendo Serra de los artistas que más trabajan, no puede ni con mucho atender á las demandas que de todas partes se le hacen. Los dos lienzos suyos que en este número reproducimos son de los últimos que ha pintado: nada diremos acerca de su mérito, porque la impresión que han de causar en cuantos los contemplan es de las que difícilmente pueden traducirse en palabras: el sentimiento, la verdad que respiran esos dos melancólicos paisajes de la campiña romana penetran hasta lo más hondo del alma y despiertan en ella la emoción estética que nos hace ver en ellos la inspiración del poeta y la maestría del pintor.

Escena callejera.—En distintas ocasiones hemos demostrado con argumentos y con ejemplos gráficos que la fotografía puede en condiciones determinadas producir obras esencialmente artísticas: la reproducción que publicamos en la última página de este número es una nueva prueba de nuestro aserto, y no creemos necesario esforzarnos en convencer de ello á nuestros lectores, porque á éstos les bastará contemplar el grabado á que hacemos referencia para convencerse de que no hay la menor exageración en lo que decimos.

MISCELANEA

Bellas Artes.—GRANADA. —Para anunciar las fiestas del Corpus ha publicado el Ayuntamiento granadino un artístico cartel obra del reputado artista Isidoro Marín, en el que destaca una hermosa figura de mujer árabe sobre un fondo en el cual aparecen algunos detalles de la Alhambra y un bellissimo paisaje lleno de luz y de color. Completan la composición al-

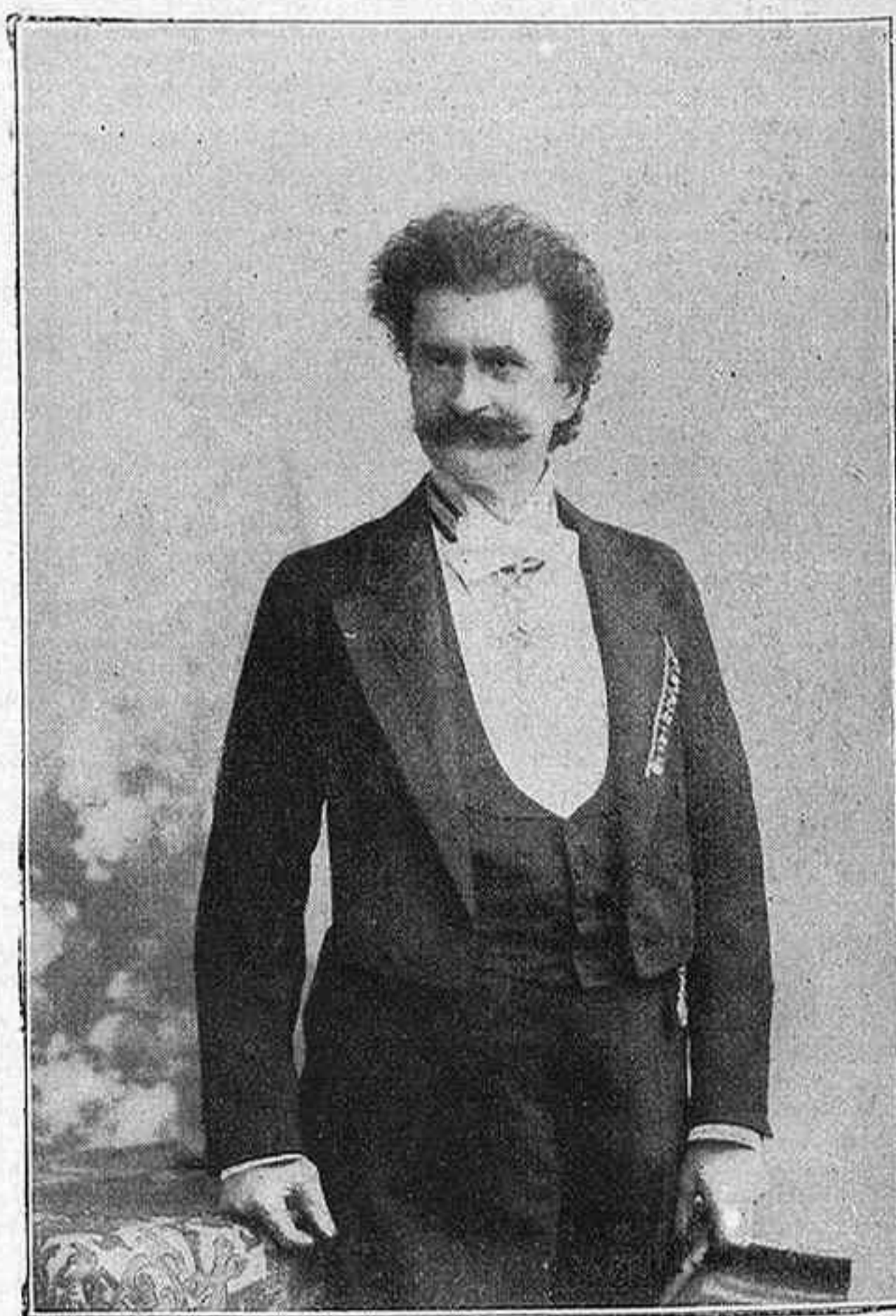
gunos motivos ornamentales perfectamente dispuestos y hábilmente combinados. Este cartel ha sido reproducido en los talleres de litografía de Viuda é hijos de Paulino Sabatel, de Granada.

Teatros.—París. — Se han estrenado con buen éxito: en el Ambigu *La legion étrangere*, interesante drama en cinco actos y siete cuadros de los Sres. La Rode y Alevy; en la Oeuvre *Fausta*, hermoso drama en cuatro actos y en verso de P. Sourniers; en el teatro Sarah Bernhardt *La tragique histoire d'Hamlet, prince de Danemarque*, tragedia en cinco actos de Shakespeare, traducida por Eugenio Morand y Marcelo Schivob, que ha valido un gran triunfo á Sarah Bernhardt, encargada del papel de Hámlet; en el teatro Lírico *Le duc de Ferrare*, drama lírico en tres actos inspirado en un poema de Byron, letra de P. Milliet con bellísima música de Jorge Marty; en el Nuevo Teatro *Othelo, el moro de Venecia*, tragedia en cinco actos de Shakespeare, muy bien traducida en verso por L. Menard.

Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Lírico *La comida de las fieras*, comedia en tres actos de Jacinto Benavente que es una sátira finísima de las costumbres de ciertas clases sociales, y *Los reyes en el destierro*, arreglo de la novela de Daudet *Les rois en exil*, muy bien hecho por el señor Sawa: en el Tivoli *El clavel rojo*, zarzuela en tres actos de los Sres. Perrín y Palacios, para la cual ha escrito una bonita partitura el celebrado maestro Bretón; en la Granvía *La feria de Sevilla*, zarzuela en un acto de Gabriel Merino, música del maestro Rubio; en el Jardín Español *De Herodes á Pilatos*, zarzuela en un acto de los Sres. Gullón y Larra, música del



LA EMINENTE PINTORA FRANCESA ROSA BONHEUR, fallecida en 25 de mayo último (de fotografía)



EL CÉLEBRE COMPOSITOR JUAN STRAUSS, fallecido en Viena el día 3 de los corrientes

como maestro. A medida que el tiempo transcurre afiánzase su reputación, despertando hoy análogo entusiasmo que el que inspiró cuando produjo sus inimitables *salidas de baile*.

Stella, cuadro de Mme. Luisa Starr.—Ha figurado este cuadro en la exposición recientemente celebrada en la Real Academia de Londres, y ha llamado la atención con justicia por la mezcla de realidad y de poesía que en él se advierte. La figura está tratada con una verdad admirable y el paisaje tiene un ambiente poético que embelesa, constituyendo una y otro un conjunto que necesariamente han de aplaudir los que sin apasionamientos admitan de cada escuela lo bueno y rechacen todo lo que sean exageraciones impropias del arte.

maestro Caballero y en Novedades *La vida íntima*, graciosísima comedia en dos actos de los hermanos Sres. Alvarez Quintero. En el Nuevo Retiro ha debutado una buena compañía de zarzuela dirigida por el conocido actor D. Bonifacio Pinedo

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

El lazo entre Jenny Hawkins y Jacobo aparecía ya, y aquel primer hilo de la trama en que el desgraciado había sido envuelto, se dibujaba á los ojos de los dos amigos.

— ¿Qué hay en mi relato que os asombre particularmente?, preguntó Jacobo.

— Ese nombre de Juana Baud que pronuncias por primera vez.

— Tenía serias razones para no hablar de esa joven. Las comprenderéis cuando os cuente toda mi aventura.

— Un sencillo detalle antes de reanudar tu relación... ¿Cómo era esa Juana Baud? ¿Alta ó baja, rubia ó morena, de ojos azules ú oscuros? Haznos su retrato en lo posible.

— Cuando la conocí por primera vez en casa de Lea, era una encantadora muchacha de veinticinco años, de alta estatura, piel muy blanca, hombros admirables, pelo negro y ojos grises. Formaba con Lea una pareja encantadora, pues tenían la misma estatura, las mismas líneas suntuosas y el mismo vigor. Solamente Lea era tan rubia como Juana morena. Creo que el efecto extraordinario que ambas producían contribuyó por mucho á su mutua afición, pues estaban orgullosas de ese efecto y trataban de producirle.

— Una pregunta todavía, dijo Tragomer. Lea Perralli ¿no se tenía el cabello?

— Sí. El color rubio Tiziano de su pelo no era natural. Yo no la he conocido sino rubia, pero ella debía ser de color castaño obscuro... Se hacía rizar el pelo, mientras que el de Juana Baud era rizado naturalmente.

— Está bien, dijo Cristián. Puedes continuar.

Se volvió hacía Marenval y añadió con un gesto de satisfacción:

— Ahora sé ya á qué atenerme.

— Permanecí bastante tiempo, prosiguió Jacobo, sin sospechar las razones secretas que aquellas dos mujeres tenían para no separarse. No se mostraban en público, pero yo encontraba continuamente á Juana en casa de Lea, y cuando ésta salía sin mí, iba siempre á casa de su amiga. El pretexto para su unión fué el deseo de Juana Baud de recibir de Lea lecciones de dicción italiana, á fin de dejar la opereta y dedicarse á la Opera seria. Para ello empezaron á trabajar seriamente.

No se separaron ya, y yo, distraído por mis ocupaciones, por mis apuros y por mis placeres, no podía imaginar lo que tenía de apasionado la ternura que se dedicaban las dos mujeres. Sorege fué el que me llamó la atención sobre ese asunto. Con su prudencia habitual y por medio de insinuaciones, despertó mis sospechas y me incitó á comprobarlas. Sorege parecía indignado, y al oírle se hubiera creído que era el amante de una de ellas. Le vi exasperado hasta tal punto, que le pregunté si estaba en relaciones con Juana Baud. Él, entonces, cambió de fisonomía, se dominó y echó el asunto á broma. Lo que me decía, aseguró, era por mí. ¿Qué le importaba á él semejante cosa? Le preocupaba sólo el ridículo que yo pudiera alcanzar. Yo estaba tan desmoralizado por mi mala vida, tan gangrenado de pensamiento y de corazón, que el pensamiento de que Lea me era infiel en condiciones tan inesperadas no me inspiraba repulsión ni cólera.

Pensé, no sin complacencia, en el cuadro encantador que debían ofrecer aquellas dos hermosas criaturas, y desde aquel momento se apoderó de mí la curiosidad malsana de poseer á Juana. Las espíe y pronto adquirí la evidencia de sus tratos. Un día llegué á casa de Lea á eso de las cuatro y la encontré con el sombrero puesto y con aire preocupado. Me presentó la frente para que la besara y me dijo distraídamente:

— Tengo que salir por una hora. Mi padre me envía un recado con un amigo suyo y es preciso que vaya hoy mismo á verle al Gran Hotel, pues se marcha mañana á Londres.

— Entonces me voy. Hasta la noche.

— No; quédate un momento. He dado asueto á los criados. Juana debe venir en seguida y quiero que la recibas y le digas que me espere. Vamos á comer juntas.

— Bueno...

En el momento se me ofreció imperiosamente la idea de apoderarme de la amiga de Lea. La hora era propicia; la casa estaba vacía; todo se arreglaba á medida de mi deseo. Dejé marcharse á mi amada y esperé á Juana, que llegó sonriente, vestida con un traje de seda gris y con un sombrero de flores azules que daba á su cabello obscuro y á su cutis pálido un brillo extraordinario. No pareció extrañar la ausencia de Lea, se quitó el sombrero, tiró los guantes sobre la mesa y se sentó á mi lado. Yo no sé verdaderamente lo que le dije; creo recordar que hablé de su belleza. Juana apoyó la cabeza en el respaldo del sofá, cerca de la mía, y recuerdo que mi boca, casi junta á su oreja, le tocaba el cuello con la punta del bigote. Juana no se retiraba y yo la veía estremecerse dulcemente. Su cara, de perfil, me mostraba unos labios entreabiertos sobre admirables dientes y de su persona se emanaba un perfume de heliotropo que se me subía á la cabeza. Al cabo de un instante pasé el brazo alrededor de su talle, la atraje hacia mí, y sin ninguna resistencia, aquella mujer fué mía.

A partir de ese momento tomé la firme resolución de dejar á Lea. Juana era una mujer encantadora, mucho más mujer que la altiva italiana. Me confesó que me amaba hacía mucho tiempo y que muchas veces había tenido impulsos de decírmelo. Yo no hice ninguna alusión á sus extrañas relaciones con Lea; pero, cosa asombrosa, me sentí más celoso de ella que lo había estado de mi amante y me propuse estorbar sus encuentros, nuevo Bartolo de aquellas singulares Rosinas. Pude, por otra parte, convencerme por síntomas muy elocuentes de que Juana rehusaba ya á Lea ciertas intimidades, y la rabia, la amargura y la rudeza de ésta se manifestaron con una increíble libertad. Si yo la hubiera ayudado un poco, creo que Lea se hubiera quejado á mí del abandono de su amiga.

Mi amada tuvo entonces una recrudescencia de entusiasmo hacia mí y tuve que consolarla de las traiciones de que yo mismo era cómplice. Pero mi nuevo capricho era demasiado imperioso para que yo pudiera engañar por mucho tiempo á Lea. Todos los días me separaba más de ella; hasta que resolví jugar el todo por el todo para recobrar mi libertad. Para esto me hacía falta una suma importante, á fin de liquidar con Lea y dejarla con qué vivir por lo menos un año. No había que pensar en recurrir al crédito, pues le tenía agotado hacía mucho tiempo. No me quedaba más medio de salir del apuro que recurrir al juego y librar una batalla decisiva.

Reuní todo el dinero que tenía disponible, vendí mis últimas alhajas y algunos objetos de valor y me puse á tallar en el círculo durante dos noches, en las que llegué á ganar ciento ochenta mil francos, lo bastante para ponerme á flote durante algún tiempo. Pero no me dí por satisfecho, y resuelto á violentar la suerte, me puse á tallar la tercera noche con todas mis ganancias delante de mí. Quería doblarlas para dar una suma importante á Lea, pagar mis deudas y realizar el proyecto que había formado de marcharme al extranjero. El momento que pasó entre la satisfacción de verme con una suma que me permitía liquidar mi situación y la resolución que formé de jugar ese dinero para duplicarle, fué el más importante de mi vida. Si en aquel minuto hubiera tenido el valor de retroceder, estaba salvado. Mi unión con Lea hubiera cesado por la fuerza misma de las cosas; no tenía más que decir una palabra á Juana Baud para romper con ella. Hubiera vuelto á mi casa y la vida de familia me habría regenerado.

¿Pero cómo había yo de tomar una resolución tan cuerda? Mis buenos instintos parecían muertos, y sólo sobrevivían en mí las malas tendencias. Había olvidado á mi madre, que lloraba, y á mi hermana, que me suplicaba. No tenía más ley que mi capricho y mis pasiones; era un ser despreciable y cobarde. Vi á mi madre suplicarme de rodillas que no la abandonase, que no deshonrase su vejez, y permanecí sordo á sus súplicas y me refí de su desesperación...

¿Cuántas veces en mis noches de horror, encadenado á mis compañeros de miseria, he recordado aquellas repugnantes escenas, en las que tenía el valor de oponer á las lágrimas de mi madre un cinismo burlón y feroz! ¡Cuánto he deplorado aquella ceguera que me entregaba á los consejos pérfidos de mis adu-

ladores y de mis parásitos y me impedía ver la actitud suplicante de dos ángeles que querían salvarme!.. Pero yo estaba destinado á la desgracia, y debo confesarlo, muy justamente.

La tercera noche, como si la suerte hubiera querido hacerme pagar sus favores desperdiciados, perdí todo lo que tenía, más cincuenta mil francos que el mozo de la sala de juego me prestó bajo mi firma. Aquel día llegué á casa de Lea aniquilado, embrutecido, y mi amante vió fácilmente que me ocurría alguna desgracia que yo juzgaba irreparable. En efecto, todo cuanto tenía estaba en manos de los usureros. Mi madre había ya pagado por mí sumas importantes. Mis amigos, cansados de prestarme dinero que nunca les devolvía, empezaban á huir de mí. Había llegado á un momento en que no tenía más que dos partidos que tomar: matarme ó marcharme al extranjero.

No me resultaba el primer medio y en cambio el segundo se adaptaba muy bien á mis proyectos. Pero necesitaba, por el honor de mi nombre, pagar mi deuda de juego, cincuenta mil francos que era urgente encontrar... Aquí, amigos míos, el rubor me asoma á la cara, tan deshonroso es lo que tengo que contaros... Lea me ofreció sus alhajas para empeñarlas. Si hubiera rehusado, si hubiera ido una vez más á los pies de mi madre, estoy seguro de que se hubiera aún sacrificado para sacarme del mal paso; pero hubiera tenido que hacer promesas, arreglarme, dejar mi vida infame y entrar en la tranquilidad de la vida de familia. No quise hacerlo. La muerte ó la fuga, pero no la honradez.

Acepté el ofrecimiento de Lea y me llevé sus perlas, sus zafros, sus brillantes, con la decidida intención, oídlo bien, de no volver á presentarme delante de ella. En el Monte de Piedad obtuve ochenta mil francos. Envié la papeleta á Lea para que pudiera desempeñar sus joyas con el dinero que yo pensaba enviarle, y fuí á pagar mi deuda. Vi en su casa á Juana Baud que estaba preparada para acompañarme á Londres, y obtuve de ella que fuese á reunirse conmigo el día siguiente en el Havre. Y en seguida me fuí á almorzar con Sorege, el único de mis amigos á quien podía confiar mis desdichas y mi viaje.

Su sorpresa pareció muy grande al saber que había yo llegado á tales extremos. Me afeó el préstamo aceptado de Lea y puso cuanto tenía á mi disposición, pero no era bastante para sacarme del apuro. Se ofreció amistosamente á servirme de intermediario para anunciar á Lea mi viaje y me hizo observar que acaso fuese peligroso enterarla del país á que me dirigía. Me acompañó á mi casa, me ayudó á terminar mis preparativos y fué conmigo á la estación. Allí me abrazó afectuosamente y me pidió que le escribiera si tenía necesidad de algo. El tren partió y no volví á ver á Sorege hasta la audiencia, donde declaró con una mesura y una habilidad que me fueron muy favorables.

No ignoráis cómo fuí preso y llevado á París ni cómo terminó esta trágica aventura. Sabéis ahora todo lo que pasó, lo que oculté al juez de instrucción, á mi abogado y hasta á mi madre. No quise comprometer en las peripecias de este proceso á la pobre Juana Baud, que no había cometido más falta que la de amarme. Con un dulce agradecimiento de mi corazón, la aparté de aquel drama de lodo y de sangre. Juana debió marchar á Inglaterra, donde tenía un ajuste para el teatro de la Alhambra. No sé qué habrá sido de ella, pero deseo que haya tenido más dichas que yo. No es justo que todo el que ha intervenido en mi lúgubre destino, haya sido inexorablemente herido por la desgracia.

Jacobo se calló cuando la tarde declinaba. El día se había pasado entero en el desarrollo de aquel terrible relato. Hacía mucho tiempo que Tragomer y Marenval no fumaban, suspendidos por el interés ardiente de aquel drama al que estaban mezclados tan de cerca y cuyos resortes secretos sabían mejor que el mismo protagonista. Se produjo un largo silencio durante el cual Jacobo se repuso de la emoción que le había producido el recuerdo de las peripecias de su historia. Tragomer fué el primero que tomó la palabra y dijo con su habitual sangre fría:

— Mi querido Jacobo, tu sincera confesión tiene el mérito de no dejar duda alguna en nuestro espíritu.

Adivino en la satisfacción de Marenval que la verdad le salta á los ojos como á mí.

— Perfectamente, apoyó Cipriano. Es claro como la luz del día.

— Pero, continuó Cristián, es necesario, por mucho que lo deplora, hacerte saber qué ha sido de Juana Baud. La pobre muchacha no ha tenido el destino dichoso que tú le deseas, porque en el momento en que te prendían estaba muerta.

— ¡Muerta!, exclamó Jacobo. ¿Cómo?

— Mi querido amigo, es la evidencia. Puesto que Lea Peralli está viva y anda por esos mundos con el nombre de Jenny Hawkins, después de haberse hecho llamar durante algún tiempo Juana Baud, es que ésta estaba muerta. La mujer de la calle Marbeuf, tu pretendida víctima, no era otra que Juana Baud.

— ¡Pero es imposible!, dijo Jacobo.

— Es cierto, contestó Cristián. La identidad de la víctima debía ser establecida por su presencia en casa de Lea. ¿Quién si no Lea podía ser asesinada en la calle de Marbeuf? ¿Quién podía llevar sus vestidos, su ropa interior, sus alhajas? ¡Oh! Las precauciones para engañar todas las miradas fueron adoptadas admirablemente... La mujer fué desfigurada por las balas del revólver, pero ¿quién había de dudar que era Lea Peralli? Juana Baud, tú lo has dicho, tenía la misma estatura, la misma amplitud de líneas. ¿Quién podía imaginar una sustitución? Tú mismo no dudaste. Te enseñaron la mujer muerta y la reconociste sin vacilar. Y sin embargo, Lea está viva y Juana ha desaparecido.

— Pero, dijo Jacobo, la muerta era rubia y Juana Baud tenía el pelo castaño obscuro...

— ¡Necio!, exclamó Cristián; ¿no te he preguntado si Lea se teñía el cabello?

Freneuse hizo un gesto de horror y sus ojos se hundieron bajo las fruncidas cejas.

— ¡Ah!, dijo Tragomer. ¡Empiezas á comprender! ¡Ves la atroz y fúnebre operación que se hizo sufrir á la desgraciada víctima! Los que han fraguado esta intriga sangrienta tenían una admirable sangre fría. Vistieron á la muerta, la adornaron y le teñeron el cabello antes de desfigurarla la cabeza á balazos. Querían, seguramente, perderte, pero no querían menos salvarse. Cesa de dudar ante la evidencia. Todo es seguro ya. ¿No fueron á retirar las alhajas del Monte de Piedad el día del crimen? Tú no pudiste hacerlo, puesto que no tenías la suma necesaria y habías enviado á Lea la papeleta. Te han acusado de haberla vendido porque había que dar una explicación al desempeño y porque la justicia quiere comprenderlo todo. Pero lo cierto es que Lea recuperó sus alhajas antes de partir. Todo estaba arreglado de este modo para hacer de ti un ladrón y un asesino. En vano te has defendido; en vano has enseñado los treinta mil francos que te quedaban del empeño después de pagar la deuda de juego; en vano has hecho presente que puesto que habías partido, no podías haber empeñado las alhajas. Te han respondido con la afirmación de que habías vendido la papeleta y tu pérdida se ha consumado. Todo se encadenaba entonces en el crimen. Mataste á Lea para apoderarte de la papeleta. El robo y el asesinato aparecían lógicos y era todo lo que hacía falta para la garantía de la sociedad y el triunfo de la justicia...

Jacobo, con la frente inclinada, no escuchaba ya; soñaba. Tragomer le había convencido y los resortes secretos del asunto se le aparecían ya claramente. Pero habían sido tan hábilmente dispuestos que conociéndolos ahora, viéndolos, por decirlo así, funcionar, se preguntaba cómo hubiera podido escapar de ellos y si lograría aún coger á los culpables. A este pensamiento levantó repentinamente la cabeza, y rojo de cólera y con la mirada chispeante preguntó:

— Pero, en fin, ¿quién ha cometido esa acción espantosa? Tú, Tragomer, que sabes tan bien todas las circunstancias del crimen, ¿conoces á los criminales?

— Aquí, amigo mío, entramos en el terreno de las hipótesis. Lo que resultó cierto para Marenval y para mí después de nuestras primeras averiguaciones, fué tu inocencia. Los medios de establecerla eran menos seguros. Teníamos que habérnoslas con personas tan hábiles, que hubiera bastado ponerlas en guardia para hacer imposible toda investigación. Lea Peralli, advertida por Sorege, hubiera desaparecido, y échate á correr por el mundo tras ella... En suma, hasta ahora no hay sino apariencias de culpa, pero terribles, contra Lea y contra Sorege. ¿Pero á qué motivos han obedecido? Por muy poderosas que sean las presunciones morales que pueden deducirse de tu relato y de las relaciones que existían entre Juana Baud y tú, no pasan de ser presunciones. Necesitamos pruebas formales y vamos á buscarlas contigo. Por eso era preciso librarte. Si hubiéramos esperado el triunfo de tu inocencia, nuestra vida y la tuya se hubieran agotado en investigaciones acaso infructuosas. Hemos,

pues, preferido empezar por el desenlace y abrirte las puertas de tu prisión. Ahora estás libre para obrar. La primera parte del drama se termina y va á empezar la segunda.

Jacobo permanecía meditabundo ante el pavoroso problema que se planteaba y Marenval tomó la palabra:

— Observe usted, querido, que lo verdaderamente raro en este asunto es que hay en él un verdadero desafío al buen sentido. Tan imposible parece desenredarlo, que antes de partir consultamos á un magistrado de los más eminentes, Pedro Vezín, pues que puedo nombrarle, y su asombro fué igual á su curiosidad, pues no puso en duda ni un instante que nos esperaba un fracaso. Es la lucha, nos dijo, del puchero de barro con el de hierro. ¿Qué hacer contra ese poder formidable que se llama la justicia? Está blindado por sus códigos, atrincherado en sus estrados y defendido por todos sus auxiliares jurídicos, y es invulnerable por la necesidad social que impone la infalibilidad de sus sentencias. ¿Y vamos á emprenderla contra esa Bastilla más impenetrable que la primera, pues contiene el *palladium* del orden y abriga la soberana majestad de la razón de Estado? Pues bien, sí; vamos á intentar la aventura. ¡Es extravagante! ¡Es incomprendible! Tragomer y yo hemos arriesgado ya el presidio por arrancar á usted de él y por combatir á la fuerza pública, conduciéndonos como piratas... Pues no nos importa. Hemos tomado nuestro partido, y nunca el proverbio de que el fin justifica los medios puede tener mejor aplicación que en este caso. Queremos llegar á nuestro fin á toda costa, y cuando hayamos probado que era usted una víctima y no un culpable y que se le tenía encerrado á consecuencia de un monstruoso error judicial, veremos si en el país de la audacia y de la generosidad hay gendarmes para detenernos y jueces para castigarnos. Yo no tengo ningún remordimiento, ninguna inquietud, ninguna vacilación. ¡Y este viaje me encanta!

El ingenuo buen humor de Cipriano normalizó los crispados semblantes. El contraste entre la gravedad de los actos realizados y la placidez del que los llevaba á cabo daban á su declaración un picante sabor. Con indiferencia sublime pisoteaba las leyes y desafiaba á los poderes públicos como un héroe ó como un bandido. Y bien: sabe Dios que Marenval, con su cara de beatitud, sus mejillas rosadas encuadradas de patillas grises y sus ojos bonachones húmedos de alegría, no tenía el menor aspecto de bandido ni de héroe, sino de un ricacho viajando para divertirse. En efecto, aquellos tres hombres sentados en sus *rocking-chairs* bajo la ondulante toldilla, acariciados por el fresco de la tarde, mecidos por las olas y alumbrados por los rayos oblicuos del sol poniente, en aquel lindo yate que volaba hacia las colonias holandesas, más parecían gozar de las delicias de la vida que buscar el secreto de la muerte.

— Ya que os he contado, dijo Jacobo, lo que no conocíais de mi aventura, decidme lo que yo ignoro de vuestras pesquisas. Tragomer no me explicó nada preciso cuando vino á buscarme á la isla Nou. Deseo saber en qué condiciones se va á presentar la lucha con nuestros adversarios, qué hace Sorege y dónde está Lea.

— Puedes comprender, querido, dijo Cristián, que cuando te vi en la isla, tenía algo más que hacer que contarte historias. Era preciso ante todo sacarte de allí y tú no parecías muy decidido á seguirme. Ahora que tenemos dos meses por delante para discutir y combinar, podremos utilizar el tiempo. Lo que importa que sepas desde ahora es que Jenny Hawkins irá á Europa en primavera y cantará en Londres por primera vez desde que cambió de nombre. Se cree bastante segura de su transformación para afrontar las miradas de los que la conocieron en otro tiempo. Y es lo cierto que habiendo dudado yo cuando la vi con su cabello obscuro, los que la han frecuentado poco no podrán conocerla ó descubrirán, cuando más, un parecido que nada tiene de extraordinario. Sorege ha arreglado muy hábilmente sus asuntos para ir á pasar la temporada en la isla de Wight y en Londres con su suegro y su prometida. El bueno de Harvey no sospecha que él mismo va á conducir á Sorege ante Jenny Hawkins. Vamos, pues, á caer como una bomba en medio de las combinaciones de tus enemigos, que no han podido concertarse y que tendrán que defenderse en un terreno difícil y molestados por toda especie de estorbos sociales. Lo que vendrá muy bien para hacer igual la partida y darnos probabilidades de triunfo.

— ¿Luego se casa Sorege?, dijo Jacobo pensativo. Y con una americana... rica, sin duda...

— Enormemente rica. Su padre es el rey de la ganadería. Una especie de pastor archimillonario; un Labán del que Sorege quiere ser el Jacobo. Ha estado

ya con él á inspeccionar sus rebaños en el Far-West el año pasado. En ese viaje descubrí su complicidad con Lea.

— ¿Y cómo es su prometida?

— ¡Ah! ¿Eso te interesa? Ya la verás. Es una americana impetuosa y fantástica, que no será fácil de conducir. Y no doy diez céntimos por Sorege como ella sepa sus villanías...

— ¿Piensas que ni Lea ni Sorege sospechan la posibilidad de mi aparición?

— ¿Cómo han de sospecharla? Te creen tan definitivamente enterrado como á la mujer asesinada. No puedo dudar que Sorege tuvo cierta inquietud al verme hacer averiguaciones sobre la existencia de Lea y sobre sus relaciones con ella. Su actitud, sus palabras, todo me prueba que adivinó que yo poseía parte del secreto. Pero entre esa parte y el todo hay tal distancia, que tiene la convicción de que nunca llegaré á descifrar el enigma. Y no se equivoca después de todo, pues aun después de nuestra audaz tentativa estamos á merced de los sucesos y de los individuos, y va á ser preciso que tú mismo aparezcas para confundirle y desenmascarar á su cómplice.

— Lo lograré, estoy seguro, dijo Jacobo con firmeza. No habréis hecho por mí inútilmente lo que habéis hecho. Estoy comprometido en la misma empresa que vosotros y la perseguiré hasta el último límite. Si Sorege, como tú afirmas y yo empiezo á creer, ha desempeñado un papel abominable en mi terrible aventura, te respondo que será castigado como merece.

Se pasó la mano por la cara, súbitamente ensombrecida, y continuó:

— En cuanto á Lea, no sé á qué móviles habrá obedecido al procurar mi pérdida de un modo tan cruel... He cometido faltas para con ella; pero por culpable que haya sido, su venganza ha traspasado todos los límites... Si me hubiese arrancado la vida, todavía sería excusable; pero anonadarme bajo tal infamia, deshonor á los míos y condenarnos á todos á un dolor cuyo único fin debía ser la muerte, indica un alma tan horrible, que me considero libre de obrar respecto de ella sin consideración alguna. No creo extralimitarme de mi derecho defendiéndome como he sido atacado, sin piedad. Podéis, pues, amigos míos, contar conmigo, como yo cuento con vosotros. Para vuestra justificación, para que yo me rehabilite, es preciso que logremos nuestros fines. En la lucha que comienza sólo puedo perder la vida, que no vale gran cosa, pero aun así la estimo en tanto como la de Sorege. Ahora, como decíais muy bien hace un instante, tenemos delante de nosotros dos meses para reflexionar. No hablemos ya de nada; dejadme volver á entrar en la vida libre en medio de vosotros. Tengo necesidad de reponerme física y moralmente, para estar á la altura de lo que podéis esperar de mí.

El puente estaba obscuro. La noche de los trópicos se había apoderado bruscamente del mar y la estela del navío aparecía iluminada por misteriosas fosforescencias. La obscuridad confundía vagamente las formas de los tres amigos.

— Estamos á 15 de febrero, dijo Marenval. En este momento hace en París, probablemente, un frío del diablo y sus calles están enfangadas de escurridiza nieve. Aquí, en cambio, gozamos de una temperatura de verano... Cuando lleguemos al Mediterráneo el mes de abril habrá traído el sol. Nos pasaremos por la costa durante algunos días para hacer notar nuestra presencia, y pasando por Gibraltar, nos dirigiremos á Inglaterra... Entonces empezará la batalla. Hasta ese momento vivamos alegremente. El tiempo está hermoso, la mar bella. En la primera escala enviaremos un telegrama á mi criado para que lo transmita á la señora de Freneuse. Una vez que esa señora esté tranquila sobre la suerte de su hijo, todo irá bien.

— Los señores pueden bajar á comer cuando gusten, dijo el camarero apareciendo en la puerta de la cámara.

— ¡A la mesa!

Cada uno de ellos cogió á Jacobo por un brazo y los tres se dirigieron al comedor.

TERCERA PARTE

I

Jenny Hawkins volvía á su casa, á las diez de la mañana, cargada de flores que acababa de comprar en el mercado de Covent-Garden, y su doncella le dijo al abrir la puerta:

— Un caballero espera en el salón á la señora.

— ¿Quién es?

— Aquí tiene la señora su tarjeta.

Jenny Hawkins cogió el cuadrado de cartulina y

leyó: «El conde Juan de Sorege» Jenny no se tomó tiempo para quitarse el sombrero y el abrigo. Dió el brazado de flores á la doncella, abrió la puerta del salón y entró. Sentado cerca de la ventana, en aquella pieza amueblada de un modo macizo y sin gracia, á la inglesa, Sorege se entretenía en mirar la calle. Se volvió vivamente, y al ver á la joven venir hacia él fresca, sonriente y animada por su paseo matinal, dijo:

— El triunfo de anoche no ha fatigado á usted según veo, pues se ha levantado tan temprano...

Sorege le ofreció la mano, pero Jenny pareció no ver su movimiento y se acercó á un espejo donde se quitó el sombrero y se arregló el cabello mientras hablaba:

— ¿Estaba usted en el teatro? La ópera fué muy bien... Novelli fué muy aplaudido... y yo no poco.

La cantante se sentó cerca de Sorege en una silla baja, al lado de la chimenea.

— Sí, estaba en el teatro y no era yo solo á devorar á usted con los ojos; había otras personas que se interesaban igualmente por usted...

— ¿Su prometida de usted y el buen Julio Harvey, sin duda?, dijo Jenny en tono irónico y con una viva mirada.

— Sí, ciertamente. Miss Harvey y su padre eran de los que más admiraban á usted, dijo Sorege, aunque no fuera más que á título de compatriotas. Pero no me refería precisamente á ellos, sino á dos antiguos conocidos, Cristián de Tragomer y Marenval.

Las facciones de la cantante adquirieron gran dureza. Sus párpados, al cubrir los hermosos ojos grises, proyectaron una sombra sobre la cara y su boca se crispó.

— ¿Acaban de llegar?, preguntó.

— Llegaron ayer mañana. Venía á advertir á usted para que no se sorprenda si se ve repentinamente en su presencia.

Jenny hizo un gesto de cansancio.

— Creía poder contar con más seguridad. ¡Siempre este cúmulo de inquietudes y de recelos cuando creo haberlos alejado definitivamente!

— De usted depende, en efecto, asegurar su porvenir contra toda investigación importuna, dijo con placidez Sorege. No tiene usted más que representar su papel y hacer aquí lo que hizo en San Francisco, para evitar todo peligro. Nada tiene usted que temer de Tragomer aquí, donde es usted conocida de todos sus compañeros, de su director, del público, de los americanos que la aplauden hace dos años. Todos afirmarían, si fuera preciso, que es usted Jenny Hawkins. No hay más que un ser en el mundo que no se dejaría engañar por su metamorfosis y cuya presencia no podría usted afrontar sin peligro. Pero ése no vendrá. Le hemos metido vivo en una tumba tan segura como la que tendría estando muerto. Puede usted, pues, vivir tranquila. Será preciso solamente que tenga usted la energía que sabe demostrar cuando hace falta. Es usted, Lea, una verdadera mujer, capaz de todas las generosidades y de todas las infamias. Yo la adiviné y por eso la amo.

— No, Juan; si usted me amó fué porque yo amaba á Jacobo y usted le odiaba, dijo la cantante con tristeza. Yo también conozco á usted y sé que tiene un alma atroz. ¡Oh! Es usted hábil y sabe ocultar sus verdaderos sentimientos. Yo he estado engañada durante mucho tiempo creyendo en su adhesión y en su ternura, pero he acabado por ver claro en su espíritu, á pesar de su doblez, y he encontrado en él la perfidia, la envidia, la crueldad. Jacobo fué ciertamente muy indigno, muy traidor, muy cobarde. ¿Pero qué decir de usted que aprovechó su indignidad, su traición y su cobardía para arrastrarle á la perdición? ¿Quién sabe si no abusó usted de mi credulidad y no era el desgraciado tan culpable como usted quiso probarme! Ahora, Sorege, desconfío de usted, porque sé de lo que es capaz.

Los ojos de Sorege, ocultos, según costumbre, se dirigieron claros y penetrantes á Jenny, y la expresión de astuta dulzura que ofrecía su cara desapareció de repente. El conde se irguió decidido y amenazador.

— ¿Qué es eso?, dijo con voz áspera. ¿Tenemos dudas? ¡Dios me perdone! ¿Acaso remordimientos? ¿Está usted loca? ¿Olvida usted en qué condiciones intervine para sacarla del atolladero cuando la enloquecía el terror? ¿Es que va usted á ser ingrata, querida? Eso sería una debilidad y una gran imprudencia. No podemos evitar ciertos inconvenientes — porque se trata de inconvenientes, no de peligros — más que permaneciendo fuertemente unidos. Yo no la abandonaré, siempre que usted misma no se haga traición. ¡Qué diablo! Yo creí que tenía usted más estómago. ¿Es usted capaz de perder pie, como una francesa, en vez de tenerse firme, como verdadera italiana? Las de aquel país saben odiar y vengarse; tienen sangre en

las venas. ¿Tan pronto ha olvidado usted lo que hicieron Jacobo y la otra?

— ¡No!, no lo he olvidado. Si la memoria de mis sufrimientos no me hubiera sostenido, no hubiera podido vivir... Y sin embargo, he pasado noches terribles teniendo ante los ojos el espantoso cuadro de aquella mujer muerta...

Jenny dijo estas palabras en voz baja, y sin embargo, Sorege dirigió alrededor una rápida mirada como para asegurarse de que nadie había podido oír. Con paso de gato fué á la puerta, la abrió silenciosamente y miró á la pieza contigua para ver si estaba vacía, y volvió con el mismo paso felino hacia la joven.

— Se trata de no decir ni hacer tonterías, dijo con dulzura. Vamos á ver, Lea, no tienes para qué atormentarte. Yo estoy aquí para defenderte si hace falta. Si Tragomer te molesta yo me encargo de hacerle entrar en razón. Ven aquí, no pienses más que en tus triunfos y en pomme buena cara, ¡qué diablo! No nos vemos tan á menudo y bien sabes cuánto te amo...

Sorege cogió la mano de Jenny y besó sensualmente su puño delicado y su fresco brazo. La joven le rechazó con dureza.

— ¡Oh! Nada de hipocresías... ¿Olvida usted que va á casarse dentro de unas semanas?

Sorege se echó á reír.

— ¿Y qué prueba eso? ¿Vas á pretender que no te amo porque me caso con esa mina de dollars que se llama miss Harvey? No hago sino un negocio, hija mía; no puedes ignorarlo. Cuando me haya casado y sea muy rico, olvidarás fácilmente el matrimonio para participar de la riqueza.

Jenny Hawkins permaneció un momento silenciosa, y después dijo en tono grave y resuelto:

— Escuche usted, Sorege. Ha llegado el momento de que nos expliquemos francamente. Nos conocemos demasiado para tratar de engañarnos sin ninguna utilidad. Usted me ha amado, es cierto, pero ¡qué amor tan triste y tan vergonzoso! Yo he sucumbido á su voluntad y me he entregado porque me tenía usted en un peligro de muerte. Ha sido usted feroz conmigo. ¿Recuerda usted la primera noche que pasé en Boulogne cuando huía á Inglaterra con el nombre de Juana Baud? Usted me amenazó, me aterrorizó, y si alguna vez un hombre abusó de una mujer, ese hombre fué usted aquella noche... «O mía ó á la cárcel,» me dijo. Si no hubiera cedido hubiera usted sido capaz de ir á denunciarme antes de que pudiera tomar el vapor. ¿No es verdad? Me entregué rechinando los dientes de furor, con la cara inundada de lágrimas de angustia y sublevada de asco y de odio, mientras que usted, monstruo, parecía encantado por mis estremecimientos de espanto y de cólera...

Sorege respondió impasible, con los ojos medio cerrados y sonriendo fríamente:

— Hay algo de verdad en lo que dices, pero exageras. Yo no soy un amante vulgar, pero no soy un sátiro, ¡qué diablo! No me es indispensable oír salir gritos de dolor de una bonita boca para gozar besándola. Me permito solamente hacerle observar, querida Lea, que tu razonamiento carece de sutileza, pues me manifiestas tu intención de rehusarme toda bondad al mismo tiempo que me demuestras que has comprendido la energía diabólica de que soy capaz. Vamos, chiquita mía, coordina tus ideas. Si yo soy un mozo tan terrible como acabas de decir, haces mal en provocarme, pues debes estar segura de antemano de que te obligaré ó te aniquilaré...

Ambos se miraron esta vez descaradamente como dos adversarios que miden sus fuerzas. Pero Lea bajó los ojos la primera, y bien por cálculo, bien por verdadera sumisión, dijo:

— No me amenace usted. Eso es, bien lo sabe, lo que soporto menos fácilmente. Lo que me ha animado contra usted ha sido su brutalidad primera. No desconozco los servicios que usted me ha prestado, pero ¿para qué recordármelos tan duramente? Si se propusiera incitarme á la resistencia no obraría de otro modo, á no ser que su ferocidad le haga acariciar, como los tigres, con las uñas...

Lea sonreía, pero la risa temblaba en sus labios, y si Sorege hubiera levantado los párpados no le hubiera gustado la sonrisa de aquella mujer. Pero acaso la veía, pues tenía el tal extrañas facultades.

— Muy bien, amiga mía, dijo; veo que te vas calmando y haces bien. He venido ahora para hablarte de los encuentros á que estás expuesta. Esta noche vendré sin objeto aparente. Esta Tavistock-street es un sitio muy bien escogido porque es céntrico y aislado. Reconozco en esto tu tacto habitual...

Se levantó y tomó el sombrero como un visitante próximo á marcharse. Pero el último momento era siempre el más importante y la última frase la de más valor.

— ¡Ah! Olvidaba decirte el principal objeto de mi visita... Master Julio Harvey da una comida pasado

mañana y quiere conseguir que cantes en su casa.

Jenny Hawkins palideció y dijo con voz temblorosa:

— ¿A quién encontraré allí? ¿Qué nueva emboscada me prepara usted? ¿Qué atroz prueba quiere hacerme sufrir?

Sorege respondió tranquilamente:

— La última prueba. Después serás dueña de tu destino y no tendrás nada que temer. Hasta podrás prescindir de mí si eso te agrada. Así habrás probado á Tragomer y á Marenval que eres Jenny Hawkins y que nunca serás para ellos sino Jenny Hawkins. ¿No vale la pena de arriesgar el golpe? Sé firme y yo te probaré que soy el hombre que te he dejado suponer. ¿Vendrás? Tengo que dar una respuesta á mi suegro y sobre todo á mi futura, que arde en deseos de conocerte. En su entusiasmo á la francesa, pretende que eres asombrosa... Asíbrala más de lo que espera, querida amiga, y procederás con justicia.

Sorege reía y Lea estaba asombrada de su audacia. Pero eso mismo le inspiró confianza.

— Está bien, dijo. Iré.

— Perfectamente. Voy de paso á encargarme del brazalete que master Harvey te va á ofrecer. Mi hombre es galante, aunque pastor, y se permite gastar quinientas libras en adornar con perlas el brazo de Jenny Hawkins. Hasta la noche, pues.

Atrajo á sí la cantante, le dió un beso fraternal en la frente y salió silenciosamente con su paso misterioso. Cuando desapareció, Lea se dejó caer desesperada en una butaca.

— ¡Qué suplicio! He pagado bien cara mi salvación al precio de esta esclavitud...

Apoyó la cara en la mano y se puso á reflexionar dolorosamente. Cuando la doncella fué á anunciar que el almuerzo estaba dispuesto, la encontró en el mismo sitio, con la mirada fija y la boca contraída, repasando en la memoria sus tristes recuerdos.

A la misma hora dos señoras enlutadas, envueltas en largos velos bajaron de un coche, y no sin inquietud echaron en derredor una mirada. Una actividad ruidosa reinaba en el muelle del Támesis, lleno de trabajadores ocupados en descargar los *steamers* alineados á lo largo del puerto. El río arrastraba sus olas amarillentas entre las carenas negras de los buques, y por el puenté de Londres rodaban en incesante desfile los coches y los ómnibus. En lo alto de la ribera se levantaba la Torre alta y misteriosa y la entrada de los *docks* de Santa Catalina mostraba su amontonamiento de mercancías.

Amarrado cerca del muelle un yate, enano rodeado de gigantes, elevaba su pabellón tricolor entre las banderas azules de Inglaterra. La de más edad de las dos damas antedichas mostró á la otra el yate.

— Ahí está el *Magic*, dijo. Descendamos al muelle.

Por una escalera de piedra bajaron hasta la orilla, y pasando entre los obreros, los corredores, los marineros y los mendigos, se dirigieron hacia el tablón que unía el yate con el muelle. Al aproximarse, un joven alto y moreno apareció en la borda y salió á su encuentro.

— Aquí está el Sr. de Tragomer, dijo la más joven levantándose el velo como con prisa de ver mejor.

María de Freneuse apareció entonces, y sosteniendo á su madre, que temblaba de emoción, le ayudó á subir los escalones que conducían al puente.

— Bien venidas, señoras, dijo Cristián descubriéndose. Se espera aquí con febril impaciencia su llegada.

María levantó los ojos hacia Cristián como para asegurarse de que esas palabras no significaban más de lo que decían, y vió la hermosa cara del joven ennegrecida por el viento del mar y por el sol de los trópicos y con una expresión radiante de triunfo.

— ¿Está ahí?, preguntó la joven.

— En el salón.

María le ofreció la mano al llegar á la escalera, no se sabe si para que se la besara ó para apoyarse al bajar; pero ello fué que Cristián sintió por primera vez la alegría de que se entregase aquella mano que durante dos años le había rechazado tan duramente.

— Venga usted, madre mía, dijo la joven precediendo á la anciana.

Entraron en la semiobscuridad del puente. Se abrió una puerta, se oyó un grito ahogado, y enfrente de ellas, tal como le conocían cuando era dichoso, bello, joven y sonriente, apareció Jacobo tendiéndoles los brazos. La señora de Freneuse, pálida como una muerta, permaneció un instante inmóvil, devorando con los ojos á aquel hijo á quien creyó no volver á ver; estalló después en sollozos y ocultó el rostro con las manos como si temiera que se dispase aquella visión deliciosa. Se sintió transportada más bien que conducida á un sillón, y cuando abrió los ojos encontró á su hijo de rodillas que la miraba llorando.

(Continuará)

EL COMANDANTE MARCHAND

La figura de este militar bizarro y explorador ilustre es actualmente objeto de la pública atención en Francia: el gobierno, el ejército, el pueblo en masa, todos se desviven por agasjarle y todos le aclaman. Su llegada á París ha sido un paréntesis en ese estado de agitación que hace tanto tiempo tiene divididos á los franceses, y aun cuando algunos han intentado explotar su nombre en pro de sus apasionamientos, el comandante Marchand no se ha prestado á ser juguete de quienes atentos á sus particulares intereses no vacilan en apelar á todos los medios imaginables para excitar más y más los animos, ya sobradamente exaltados.

Marchand nació en 1864 en Thoisse (Ain) y desde su niñez llamó tanto la atención por su inteligencia, que su padre, modesto carpintero, no vaciló en hacerle ingresar, á pesar de su posición humilde y de las cargas que sobre él pesaban, en el famoso colegio de aquella población que Ana María Luisa de Orleans fundara hace más de dos siglos y en el cual el joven Marchand terminó sus estudios.

Llevado de su espíritu aventurero, después de haber permanecido una corta temporada en el despacho de un notario, se alistó á los diez y ocho años en la infantería de marina, ascendiendo muy pronto á oficial. En junio de 1896 salió de Francia y en 23 de julio desembarcó en el Congo, encargado de la misión de explorar el alto Ubanghi y llegar al Nilo Blanco.

Como en el número 879 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo de esta expedición y de la cuestión de Fachoda con ella relacionada, omitiremos los datos relativos á una y á otra; y tomando el relato allí donde lo dejamos, daremos cuenta de su viaje de regreso y de su llegada á Francia. El día 11 de diciembre de 1898 Marchand y sus compañeros se embarcaban en el *Faidherbe* para remontar el Nilo hasta el Baro, llegaron á la frontera de Etiopía el 23 de enero de este año, y atravesaron Abisinia, en donde el negus Menelik dió grandes fiestas en su honor en su capital de Addis-Ababa.

El 16 de marzo embarcóse Marchand con todos sus compañeros en el buque de guerra *D'Assas*, cuyo capitán le entregó en Djibuti las insignias de comandante de la Legión de Honor, y el día 30 de mayo



EL COMANDANTE MARCHAND

desembarcaba en Tolón, aclamado por el pueblo en masa, felicitado por las autoridades y obsequiado por el alcalde, el almirante y los militares, que se disputaban el honor de tener á su lado á quien tanto ha hecho por la gloria de Francia.

Al día siguiente los expedicionarios partían para París, siendo objeto de grandes ovaciones en Marsella, Avignón, Lyon, Laroche, y en una palabra, en todas las estaciones del tránsito.

La llegada del comandante Marchand á París fué un espectáculo grandioso: la estación había sido invadida desde las primeras horas de la madrugada por una multitud inmensa, en la cual figuraban numerosas representaciones del gobierno, del ejército y del Parlamento, delegados de los departamentos, etc. Al descender del tren, una aclamación delirante saludó

al comandante Marchand, el cual entró en el salón dispuesto á recibirle, en donde el teniente coronel Goulet, en nombre del ministro de las Colonias; el general Noix; M. Savorgnan de Brazza, comisario general del Congo; Francisco Coppée, en nombre de la Liga de patriotas, y gran número de delegados de diversas asociaciones, pronunciaron elocuentes y sentidos discursos de salutación. Marchand contestó á todos dándoles las gracias por sus palabras de bienvenida, y salió de la estación entre los vivas y los aplausos de la multitud que lo llenaba todo y por entre la cual pudo á duras penas abrirse paso para subir al coche que le había sido enviado por el ministro de Marina.

Imposible describir el paso de la comitiva por las calles de París: fué un paseo triunfal como pocos ha presenciado la capital francesa.

Poco antes de las diez llegó Marchand al ministerio de Marina, en donde le esperaba el ministro M. Lockroy, con quien conferenció breve rato el comandante. Después del almuerzo y de la recepción que á éste siguió y durante la cual le fué entregada á Marchand una preciosa espada de honor, el comandante, acompañado del ministro, dirigióse al palacio del Eliseo para saludar al Presidente de la República y desde allí al ministerio del Interior, con objeto de visitar al presidente del Consejo M. Dupuy, al de Negocios Extranjeros en donde Marchand presentó á M. Delcassé á sus compañeros de viaje, al de la Guerra y al de las Colonias.

Terminadas las visitas oficiales, el comandante Marchand trasladóse al Círculo Militar, en donde se le tenía preparado alojamiento y en donde se celebró en su honor un magnífico banquete y una recepción á la que asistieron las más altas personalidades del ejército y de la política. Delante del Círculo la muchedumbre que se apiñaba en la plaza de la Opera no cesaba de aclamar á Marchand, quien hubo de salir al balcón y de dirigir la palabra al público que con aplausos y vivas frenéticos acogió sus palabras: «Amigos míos, permanezcamos unidos. ¡Viva Francia! ¡Viva la República!»

El grabado que en esta página reproducimos representa esta escena, y por él podrán juzgar nuestros lectores de la grandiosidad de la manifestación que el pueblo de París ha tributado al comandante Marchand. — X.



PARÍS. — LLEGADA DEL COMANDANTE MARCHAND. EL PUEBLO ACLAMANDO AL CÉLEBRE EXPLORADOR DELANTE DEL CÍRCULO MILITAR

Dibujo de H. Lanos

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

SANTOS DE BARRO, comedia en un acto y en prosa por Antonio Sánchez Pérez. - Se ha publicado impresa esta bellísima comedia de nuestro querido colaborador Sr. Sánchez Pérez que con tanto éxito se estrenó en la temporada última en el teatro de la Princesa de Madrid. De acción interesante y bien desarrollada, abundante en chistes de buena ley y escrita en el castizo estilo que caracteriza á todo cuanto sale de la pluma de su autor, la obra es digna del veterano escritor que tantos aplausos ha conquistado en el libro y en la escena.

SANTA EULARIA, poemeta per Mossén Jacinto Verdaguer. - Resplandecen en este poema las hermosas cualidades que han hecho del padre Verdaguer el primero de nuestros poetas místicos: un fervor religioso, hijo de la fe más profunda y del más puro espíritu cristiano, y una inspiración que sólo tienen aquellos que como él en Dios y en los principios de la religión católica tienen puestos por entero su corazón y su pensamiento. El poema de Santa Eularia, en que se describe la ejemplar historia de la excelsa patrona de nuestra ciudad, es una joya de gran valor en la poesía mística española; sus estrofas, magistralmente compuestas, son otras tantas flores cuyos delicados

perfumes llegan á lo más hondo del alma, y en los bellísimos pensamientos que contienen encuentra la inteligencia grato recreo y sublimes enseñanzas. Completan la obra del Sr. Verdaguer varias composiciones sueltas á cual más notable é inspiradas todas en la figura de la heroica mártir, y algunos apéndices de gran interés histórico. El libro, que lleva numerosos grabados, algunos de ellos reproducciones de antiguas y curiosas estampas, ha sido impreso en la imprenta barcelonesa de Francisco Altés y se vende á tres pesetas.

TRASUNTOS, por Jacinto Grau Delgado. - Nadie diría, leyendo *Trasuntos*, que se trata de la primera obra de un autor novel: los artículos que en el libro figuran revelan un espíritu tan profundamente observador y un gusto tan exquisito, que bien podrían tomarse como productos de una inteligencia madura y de una pluma avezada á las lides literarias. El señor Grau es joven, muy joven, y sin embargo en sus trabajos se advierten cualidades que sólo puede dar la experiencia, y si no ésta, una inteligencia perfectamente dotada y un estudio concienzudo, como sucede en el caso que nos ocupa. El autor de *Trasuntos* sabe ver con percepción justísima los tipos, lugares y escenas que á sus ojos se ofrecen; pero viendo todo esto muy bien, aún ve mejor el alma y la esencia de las personas y de las cosas, entrando, por consiguiente, de lleno en el género psicológico, en el cual se ha conquistado, al esgrimir sus primeras

armas, un puesto distinguido. Tal vez algunos encuentren en los artículos del Sr. Grau sobradamente acentuada la nota pesimista y melancólica: respecto de esto, sólo diremos que si siente sinceramente esta melancolía y este pesimismo, hace bien en expresarse como se expresa; y si hay en ello algo de impresionabilidad momentánea, de afán por seguir una corriente hoy un tanto en boga, condiciones tiene el joven escritor para sustraerse á estas influencias circunstanciales y mostrarse, cuando quiera, en su verdadera personalidad literaria. *Trasuntos*, editado en Barcelona por Antonio López, se vende á 3'50 pesetas.

EUGENIA, novela original de José de Elola. - Es una historia amorosa real que interesa, porque desde luego se adivina que si es producto de la ficción, ésta lo es sólo por lo que el hecho tiene en sí de concreto. Plantéase y desarróllase un problema hondamente psicológico, cuya posibilidad se admite sin esfuerzo, puesto que la gradación que determina cada capítulo hállase discretamente conducida. De ahí que cobre mayor relieve la finalidad. Cuanto al lenguaje, castizo y concreto, ofrece giros y matices que producen singular encanto, sin que por ello el asunto incurra en las crudezas del lenguaje vulgar ni en los atildamientos literarios de los idealistas. Embellecen el libro varias notables ilustraciones de nuestro colaborador el distinguido artista Sr. Huertas, y véndese al precio de 3 pesetas en las principales librerías.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

CACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El más eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTE
 Grageas al Lactato de Hierro de
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de **ERGOTINA BONJEAN**
 Hemostático el más poderoso que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ta} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS Y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Descartar de las Imitaciones.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ma} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. FARRÉ y C^{ia}, P^{os}. 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
 HEMOSTATICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Escena callejera, reproducción de una fotografía



JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente a los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR**

DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE** ▶
Curada por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN